

# CIRCOS GRIEGOS, ROMANOS Y CIRCOS ESPAÑOLES

## AURIGAS Y TOREROS

DIOCLES EL AURIGA EXTREMEÑO MÁS FAMOSO



U sóse antiguamente entre los griegos y duró mucho tiempo esta costumbre en su tierra, que la doctrina que se mostraba para instruir al pueblo para que estuviese bien regido, (porque en común á todos los hombres de baja cualidad ó alta se doctrinaba así, si no era en los estudios) se hacía en unos comunes ayuntamientos con palabras elegantes de delicado sentido, de donde sacasen alguna moralidad. Y para que no recibiesen en ello fastidio y fuese con alguna agradable recreación, la envolvían en comedias y farsas que representaban en juegos que hacían en los días de fiesta que solemnizaban y acompañábanlo con música de voces é instrumentos donde cantaban y se regocijaban los mismos que hacían la obra, ó los poetas que la componían disfrazados.

Para este fin, hicieron unos edificios que eran grandes y espaciosos y por una parte hechos en forma de semicírculo y en el otro lado con alineaciones rectas en sus miembros. En la parte redonda interna hacían gradas donde se sentaban á mirar lo que se representaba sin quitarse la vista unos á otros como consta de Julio Polux, autor griego, donde trata de los juegos teatrales ó anfiteatrales y varias suertes que usaron los griegos, y pone la forma del teatro y dice cómo se ordenaban de una banda y de otra y dónde ponían el púlpito y tablado, dónde se hablaba y bailaba y qué puertas tenía, y dá cuenta de los artificios con que representaban cosas que venían por los aires como Dioses ó impresiones de cielo, relámpagos, truenos, sones ó can-

tos celestes. Tomaron de ellos los romanos el hacer los teatros como ellos en Roma. Por Casiodoro y otros autores antiguos sabemos el origen de los teatros; dicen que antiguamente, como los labradores hiciesen diversas fiestas por los bosques y aldeas á diversos Dioses, los Atenienses primero recogieron en un espectáculo común en la ciudad, lo que por las villas se principiara y llamaron el lugar donde se hizo aquello *Teatro*, que quiere decir miradero; porque concurriendo mucha gente podían mirar de lejos sin empacho alguno, y así como los romanos recogían todas las buenas costumbres que por el mundo hallaban para traer á su ciudad, introdujeron esta también y los primeros teatros que en Roma se hicieron fueron de madera, fijos; después se hicieron que se podían mudar. El primer teatro que en Roma se hizo, fué el de Marco Seauro cuando fué edil, que hizo en treinta días y fué el mayor que se hizo, porque cojía ochenta mil hombres. Tenía el teatro figura de media luna, hecho á escalones que los unos subían encima de los otros y cuanto más altos tanto mayores, que más gente cojían, y entraban en estos asentaderos por unas calles que embocaban por las espaldas del teatro. Tenía en lo bajo, en medio de todo una plaza donde se hacían los actos que se habían de hacer allí, y en la frente de esta plaza unas estancias pequeñas, donde se recogían los personajes que se habían de vestir. Cuando este lugar era redondo, llamábase anfiteatro que quiere decir miradero al derredor. El primero que hizo anfiteatro en Roma fué Julio César, que hizo uno en el campo Marcio, como dice Cornelio Tácito, mas ya antes de él Pompeyo hizo muchos teatros de piedra, cal y canto. En nuestra España está el teatro de Murviedro, llamado Sagunto antes y ahora, y el de Mérida que ahora está explorando y desmontando el arqueólogo y nunca bien ponderado D. José Ramón Mélida, que quizá llevará á cabo lo que muchas veces se intentó; y el de Tarragona, donde se ven hoy las ruinas y en Nimes en Francia, cerca de Narbona y en Arles. Cuando los godos destruyeron á Roma por memoria suya, agujerearon el anfiteatro de ella y pasando á España vieron en Sagunto el teatro hecho por los romanos y le derribaron por el despecho que de ellos tenían, y derribaron otros que sería prolijo mencionar.

Los antiguos tenían tres maneras de lugares, donde se hacían los juegos y espectáculos: porque había teatro que era hecho de la forma de medio círculo, y más la cuarta parte del diámetro del círculo, como se puede ver en las ruinas del de Mérida y podrán verlo en la reconstrucción que tengo estudiada para publicarla en esta REVISTA. La segunda manera la hacían juntando dos teatros y resultaban como nues-

tras plazas de toros, que era el anfiteatro para los juegos de la esgrima y para lidiar ó cazar las fieras allí encerradas. De qué manera se pelease contra las bestias fieras escribe Casiodoro en el libro quinto de las varias resoluciones en donde puede verse lo que se dice en el toreo del salto de la garrocha que era así: «El lidiador, sosteniéndose en un palo delgado y doblegadizo (como si dijéramos, un pedazo de asta ó pica), corre hacia el rostro de la fiera y de aquello que él desea librar-se y escaparse, parece en él arremeter y que con gran ímpetu lo desea y se va hacia la fiera, la cual, con igual corrida, arremete al hombre que no puede estar seguro si no es arremetiendo al de quien se quiere librar; entonces, dando un salto y levantándose en el aire, ligeramente, como si fuera unas vestiduras libianas, se echan y arrojan todos los miembros y haciendo un arco, todo el hombre encogido por encima de la bestia, librase de esta manera aquel tiempo que se detiene el hombre en dar el salto y vuelta por encima; la fiera pasa delante con su velocidad y así acaece verse más mansa luego de verse burlada». En todo lo que dice se ve que nuestro arte de torear tiene la misma base de engañar á la fiera. La tercera forma de anfiteatro era la elíptica, de la cual podemos ver las ruinas de una en Mérida, junto á las del teatro que llamaban *naumaquia*, porque estaba dispuesto el edificio para llenar su plaza de agua hasta cierta altura, en la que además de los ejercicios de los gladiadores ó sea de la lucha de los hombres y la de los hombres contra las fieras, se representaban los combates de los hombres en el mar. También de forma elíptica muy prolongada, podemos admirar en Mérida las ruinas de otro anfiteatro cuya plaza es de 368 metros y medio de larga y 102 y medio de ancha, situado cerca de la ermita de San Lázaro, cortada en una punta por la vía férrea á Madrid. En éste se verificaban las carreras de carros que nos interesa conocer para la biografía del auriga extremeño Diocles, y aunque me tachen de autor de lo que escriben los demás, he de reproducir aquí lo que en el periódico semanal llamado «Museo Universal» del año 1862, pág. 66, podrá ver el lector, expuesto por Rada y Delgado, lo que el célebre Dezobry en su obra «Viaje de un galo á Roma durante el reinado de Augusto y principio del de Tiberio» que es la mejor descripción que yo conozco del circo máximo de Roma, fundada en las noticias que dan Varrón, Vitruvio, Casiodoro, Plinio, Plutarco, Suetonio, Dionisio Helicarnaso, Cicerón, Virgilio y otros escritores de la antigüedad. Por ella podemos saber cómo eran los anfiteatros y las fiestas que en ellos hacían.

Después de referir cuanto de notable se encuentra en la parte ex-

terior y de hablar de los vomitorios y el *Euripe* y de las *Cárceres*, habla de la *Espina* en la forma siguiente: «El sitio alrededor del cual deben los corredores hacer alarde de su agilidad, está trazado por una especie de inmenso pedestal estrecho y largo, llamado la *Espina*, que divide la arena en dos, como la espina dorsal á la espalda humana, de donde se ha dado dicho nombre á esta obra de arquitectura; tiene cerca de once pies de altura y á pesar de su gran tamaño es un tercio menos largo que la arena, de suerte que deja á cada extremo y sobre todo hacia las *Cárceres* ancho espacio para pasar. Y no está este inmenso pedestal desprovisto de ornatos. Alzase sobre él decorándole diversas estatuas de bronce dorado, representando dioses ó diosas, aras, algunas columnas monumentales, dos pequeños templos, consagrados el uno á Venus Murcia y el otro al Sol, dos pórticos tetrastilos y en el centro un grande obelisco de granito oriental, de ciento veinte pies y nueve pulgadas de altura sin contar su base, mandado traer de Heliópolis en Egipto, por el Emperador. Multitud de inscripciones jeroglíficas cubren sus cuatro frentes y brilla en su vértice una llama dorada, imagen del Sol á quien está dedicado el obelisco. A doce pies ó menos delante de cada extremo de la *Espina* y en la misma línea, se elevan tres *metas* cilíndricas, terminadas por un cono dilatado que remata en una bola. Están colocadas sobre un alto pedestal, semicircular por el lado exterior, recto en lo que mira á la *Espina* y que lleva en su interior un pequeño templo dedicado á Neptuno.

Los juegos romanos que tenían lugar en los circos, comenzaban en Roma por una procesión sagrada, que saliendo del Capitolio descendía hasta el Foro, le atravesaba, deteníase en algunos templos y penetraba en el Circo. Toldos cubrían las calles para su paso; ricas pinturas, estatuas y objetos de arte decoraban lo mismo el exterior de los templos que de las basílicas, las tiendas, los comicios y las casas, y la ciudad, en fin, presentaba un aspecto sorprendente de lujo y esplendor. Entre magistrados y precedidos de los niños de la *nobilis juvenus*, marchaban los aurigas ó conductores de los carros vestidos como los soldados con un pequeño casco en la cabeza y una especie de coraza compuesta de fajas ó franjas unidas unas á otras: una ligera túnica, saliendo por debajo de esta coraza, les llegaba á la mitad de los muslos, llevando desnudo el resto de las piernas. Las bridas de los caballos unidas las pasaban alrededor del talle: con la mano izquierda manejaban las mismas bridas y con la derecha agitaban un látigo. Iban divididos en cuatro facciones ó bandos, distinguiéndose por el color de las túnicas de los aurigas que en unos eran

verdes, en otros azules, en los terceros rosadas y en los últimos blancas.

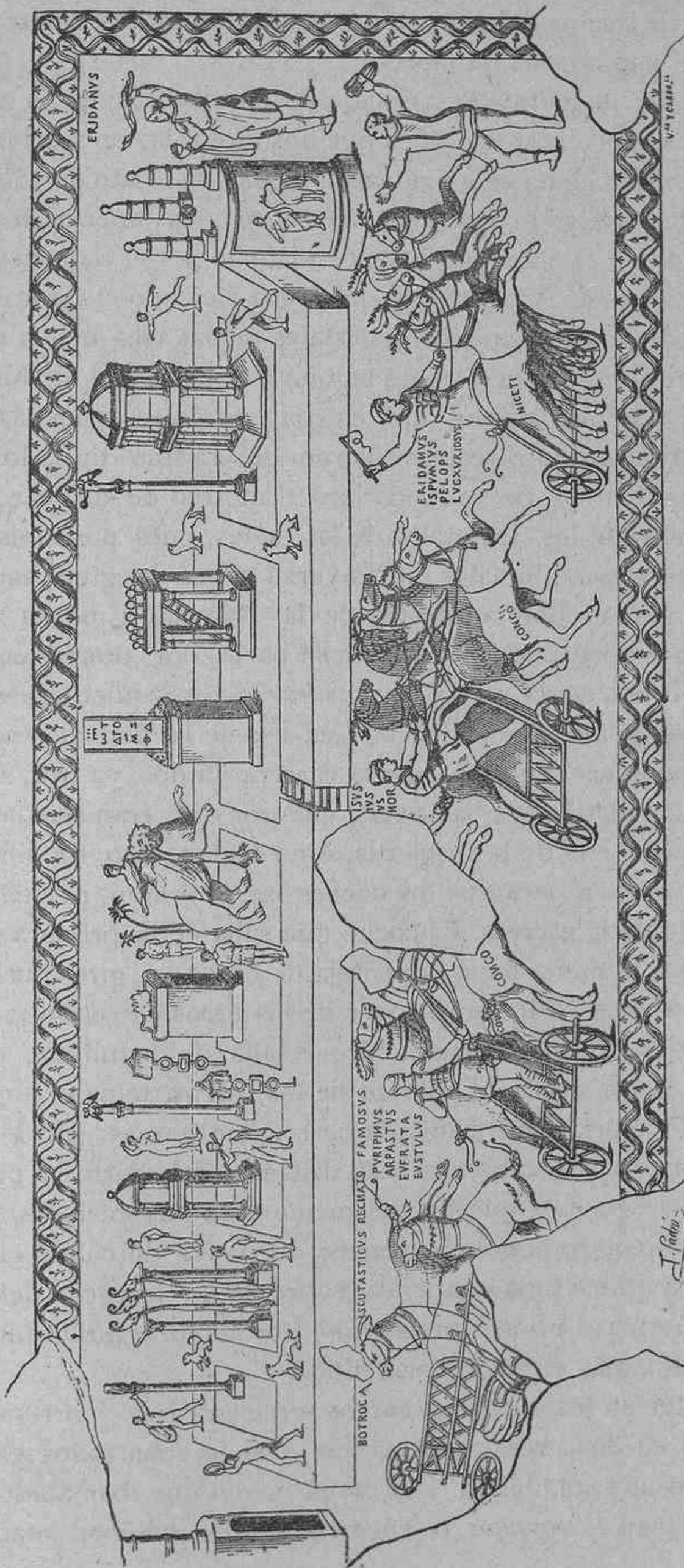
Pero los juegos han comenzado: ocho esclavos colocados delante de las primeras Cárceres, abren de golpe sus puertas y cuatro cuadrigas se lanzan á la arena con la velocidad del rayo. Un concierto de trompas é instrumentos militares acogen la salida y las aclamaciones de la multitud estimulan su ardor impetuoso en la carrera. Estas empiezan, ya han recorrido por dos veces la extensión de la espina, sin que pueda decidirse por ninguno la victoria, pues es necesario dar siete vueltas para ganar el premio. Todas las miradas están fijas, ya en los carros y en una especie de templete encima del cual siete bolas de madera sirven para ir marcando, quitándolas progresivamente las vueltas que van dadas y las que restan por dar. Desde su salida, algunos de los aurigas lanzaron sus caballos á todo escape, mientras que los otros, más prudentes retenían los suyos para el cansancio de los primeros y ganarles en las últimas vueltas. En la tercera *Córax*, auriga de la túnica blanca, que se había quedado retrasado, azota sus caballos de repente, corta la arena para colocarse más cerca de la espina y recorrer por lo tanto menos espacio y empieza la cuarta vuelta, antes que ninguno de sus competidores, en medio de millares de aplausos.

Su carrera es tan rápida, que las ruedas de su carro despiden la arena á gran distancia. Algunos le gritan que dejen de azotar sus caballos, pero *Córax*, sordo á sus consejos, continúa con la misma impetuosidad. *Escorpus*, el auriga azul, iba después de *Córax*. No le separaba de su competidor más que la distancia de un carro, y sus caballos aunque pequeños, parecían engrandecerse en la carrera á medida que abanzaban. El auriga de la túnica rosada, *Boculus*, iba casi á la misma distancia que el azul, y sus caballos estaban cubiertos de una espuma rojiza que en la rapidez de la carrera arrojaban al aire sobre el atrevido conductor. El que vestía la túnica verde marchaba el último, pero con rapidez igual á los que le precedían. *Tulus*, que tal era su nombre, corredor experimentado, se limitó durante las cuatro primeras vueltas á no perder terreno; á la quinta se aproximó á sus compañeros y sólo á la sexta principió á estimular á sus caballos y á dejarles floja la brida. Entonces se le vió desplegar una energía que hasta aquel punto no había mostrado y avanzar rápidamente, siguiendo las huellas de *Córax* y de *Escorpus*. Apenas quedaba una vuelta por correr y los auriga blanco y azul conservaban todavía la ventaja. La duda ya no estaba más que entre ellos. Buscaban hábilmente el medio de adelan-

tarse; si veían que su contrario iba á avanzar, cruzábanse delante de él para impedirle el paso y así alejándose y aproximándose, describiendo en su rapidísima carrera desigual y sinuosa marcha, disputaban reñidamente la victoria. Al fin Escorpus, impaciente, oprimió el carro de su contrario contra la espina, y chocando con una de sus ruedas, bien pronto los caballos de Córax viéronse por el suelo y el mismo auriga caido violentamente entre las piernas de sus propios caballos. Esta victoria parcial costó cara á Escorpus. Detenido en su carrera por el choche, los que estaban detrás le adelantan bien pronto: quiere forzar á sus corceles, pero rendidos por sus esfuerzos y luchando con desventaja contra sus adversarios, que hasta entonces no habían hecho mas que correr con una prudente cautela, bien pronto los aplausos de la multitud parecían anunciarle que el triunfo se le escapaba de las manos. Los partidarios de Escorpus le gritan para que tome ánimo; estimulan sus caballos llamándoles por sus nombres; pero todo en vano, Boculus y Tulus devoran el espacio y tan pronto sobre la misma linea de Escorpus, tan pronto traspasándola, la carrera de estos dos competidores es tan igual, que parece marchar de acuerdo en la misma línea. Una espesa nube de polvo los envuelve y, mejor que ver, se adivina su paso por el silbido de los látigos, el golpe sordo y acompasado de los pies de los caballos y el agudo chirrido de las ruedas sobre la arena. Sus parientes, y sobre todo sus mujeres, están en una situación extrema; el afán, la esperanza, la tristeza se pinta en su fisonomía, y entre tanto Boculus y Tulus han salvado nuevamente la espina. Los esclavos han subido y han quitado la sexta bola que indica queda una sola vuelta por correr. De repente el torbellino de polvo se divide, disminuye y al través de su dudosa transparencia deja ver los carros á desigual distancia. Las ruedas parecen próximas á enconderse por la rotación y los corceles inundados de sudor exhalan un vapor espeso y ardiente.

El auriga de la rosada túnica va delante. Como suspendido sobre sus caballos parece quererles adelantar, y los apostrofa por sus nombres y les azota con redoblados golpes. El de la verde vestidura lanza gritos de rabia y desesperación: hace señas de que ha perdido su látigo y de que sus caballos se niegan á la obediencia. En vano agita violentamente las riendas sobre sus espaldas; Boculus, seguro de la victoria, adelanta entre las aclamaciones de los espectadores, y pasa por última vez la linea designada, habiendo recorrido un espacio equivalente á cinco millas.

El nombre y la victoria de Boculus son proclamados, por un



MOSAICO DEL TIEMPO DE LOS IMPERIOS DE CÓMODO Ó CARACALLA, DESCUBIERTO EN EL AÑO 1862 EN EL PALAU DE BARCELONA

heraldo colocado delante del sitio en que estaba el Emperador, y en breve recibe de manos del Edil una palma de Idumea y siente ceñida su cabeza con una corona de laurel.»

Hasta aquí la magnífica descripción de Dozobri, y en la anterior página puede ver el lector la gráfica que nos ofrece la copia del mosaico descubierto en Barcelona en las ruinas del Palau en el año de 1862, descrito por Rada y Delgado, que cree pertenece á los imperios de Cómodo y Caracalla. En él entra por los ojos lo dicho por el Galo en su viaje á Roma en tiempos de Augusto y lo que sigue diciendo el autor de estas líneas. Puede observarse que los pedestales de las tres metas son totalmente cilíndricos, según y como son en las ruinas del de Mérida y como serían los demás de los anfiteatros españoles, pues así como muestran las ruinas de los teatros fueron del mismo tipo, lo serían también los anfiteatros. Se ve bien claro el motivo de dedicar á Neptuno los templos de los pedestales de las metas, pues por ellos se colarían todas las aguas pluviales que cayeran sobre la gran superficie de la arena y gradas. Este anfiteatro de la Augusta Emérita tendría como los demás doce puertas en aquella parte por donde corta sus ruinas la vía férrea, seis á mano derecha y seis á la izquierda, en medio de las cuales se ponía la presidencia. Las seis de la derecha, para entrar á la vez en la arena y empezar la carrera ya dos, ya tres, regularmente cuatro, y alguua vez hasta seis, que por esto eran seis las puertas de aquel lado. Las de la izquierda, ó no tenían otro fin sino el de la simetría, ó servían para que los coches se retiraran por ellas después de concluida la carrera. El coche que salía de la primera puerta, la más vecina á la meta, tenía la ventaja de hacer el giro más corto; pero estaba expuesto á los empujones de los otros carros, que procuraban acortar el giro y la carrera. El que salía de la última, que era la cuarta ó la sexta, según el número de los carros, tenía el lugar más difícil para la victoria; pues había de correr tanto más que los otros cuanto el giro que le tocaba, era más distantes del centro, y por consiguiente más largo. Los puestos del medio eran los mejores, porque no había tanto peligro como el primero, ni tanta dificultad como en el último. Para quitar toda contienda sobre la preferencia del lugar, se echaban suertes; á no ser que alguno, por mayor gloria, quisiese y lograrse de los demás el puesto más difícil.

Los caballos en los coches ó carros circenses que corrían en los circos, fuesen en dos, tres, cuatro ó seis ó siete, iban todos pareados y de frente en una sola hilera. Los de en medio que iban atados á una lanza, se llamaban *introyugos* ó *yugales*; y los que iban atados con

cuerdas á los dos lados, se llamaban *Funales*. Para dos caballos se usaba una lanza, como ahora en nuestros coches, pero para tres ó cuatro caballos eran menester dos. El correr con solo caballos yugales, sin funales, se estimaba mucho más, porque era más difícil hacer las vueltas con aquellos primeros estando atados á una especie de vara, que no tenía el juego y movimiento, que tienen las lanzas de nuestros coches. Es de notar, que aunque los caballos fuesen seis ó siete, no se atribuye la victoria sino á uno, porque era costumbre atribuirle al último caballo funal de mano izquierda, de quien dependía, más que de los otros, el acortar las vueltas para atajar camino, y para empujar y apretar y aún derribar los demás carros contrarios. Se clasificaban á los caballos así como á los aurigas, por el número de victorias que habían obtenido llamándolos, denarios, centenarios, ducentenarios y miliarios.

VICENTE PAREDES.

Plasencia 1.º de Octubre de 1910.

(*Se continuará.*)

# LA MUJER DE BADAJOZ <sup>(1)</sup> (a)

## I



Al recorrer las páginas de nuestra Historia, sobre todo en aquellos puntos por los que está ligada con la general del mundo, no puede menos de llamar la atención que en épocas determinadas, de las que más han influido sobre la marcha de la civilización en la Edad Moderna, ocupan algunos extremeños lugares eminentes por sus extraordinarias condiciones de inteligencia y de carácter.

Los García de Paredes, los Cortés y los Pizarros pueden, con otros muchos, servir de ejemplo y confirmación de tal verdad: tan grandes fueron sus hechos, que no podrá borrarse, ni dejar de inspirar admiración su memoria.

Leyendo el autor de este artículo la bien escrita *Historia de América* de Robertson, vió con satisfacción indecible el elevadísimo juicio que el acto de quemar Hernán Cortés las naves en Méjico merece al historiador inglés, no muy pródigo por cierto en elogios.

«Ningún hecho, dice aproximadamente Robertson, presenta la Historia antigua ni moderna que pueda compararse á éste que relatamos.»

Prescott hace justicia también á las grandes dotes de Francisco Pizarro, que sin educación ni cultura de ninguna clase, á no ser la que

---

(1) El presente artículo debiera haberlo escrito mi queridísimo amigo el insigne poeta D. Adalardo López de Ayala, según se había anunciado en el prospecto de esta obra; pero la falta de salud y el exceso de atenciones y ocupaciones que le abruma, le han impedido consagrar á su país natal un recuerdo, que sería tan notable como todo lo que sale de su privilegiada pluma. Empeño suyo ha sido que yo le sustituya en esta tarea, quizá porque he tenido la honra de ser durante algún tiempo su secretario. Emprendo, pues, con las débiles fuerzas mías lo que él hubiera desempeñado con su poderoso talento; si salgo airoso del encargo, á él, que es mi maestro, lo deberé únicamente.

(a) De la obra «Mujeres Españolas, Portuguesas y Americanas».—Madrid 1872.

podía adquirir un soldado aventurero en los campos de batalla, mostró en muchos casos envidiables condiciones de capitán y de jefe.

Otro extremeño, Vasco Nuñez de Balboa, descubridor del mar del Sur, adquirió asimismo merecido renombre, tanto por su valor en la guerra, como por su prudencia y su tacto en el gobierno.

Grandes en las armas y en el manejo de los negocios públicos, no lo han sido menos en las letras, como lo acreditan los nombres de Arias Montano, el Brocense, Galindez de Carvajal, Luis Zapata, Acevedo, Gutiérrez, el cura de los Palacios, Torres Naharro, y en nuestros días Quintana y otros muchos.

Si fuéramos á referir aquí menudamente los nombres y los hechos de extremeños ilustres, tendríamos larga tarea, no siendo además éste nuestro objeto.

Baste con los citados, á los que solamente añadiremos otro personaje, que no por ser más ideal que real, merece menos consideración: él retrata á lo vivo, y con rasgos de una verdad asombrosa, el tipo del extremeño, tan cortés como digno, le tanto entendimiento como corazón, mal sufridor de agravios, presto é inflexible al vengarlos, como celosísimo de su honra.

Nos referimos al personaje de Pedro Crespo en *El Alcalde de Zalamea*, drama de nuestro inmortal Calderón, admirablemente refundido por el señor Ayala.

Todavía se encuentran en Extremadura, á pesar de la mudanza de los tiempos, tipos como el de Pedro Crespo; es más: todavía constituyen esos rasgos, pintados por nuestro gran poeta, el fondo del carácter extremeño.

¿Y quién no ve reflejarse en el hombre las condiciones de la mujer, que tanto influye en él como madre, como hermana, como esposa y aun como hija?

Buscando la raíz de los sentimientos que animan al hombre, siempre puede decirse que se encuentra en el corazón de la mujer, sobre todo, si esos sentimientos no son accidentales, sino que tienen la fijeza y la persistencia que constituyen el carácter.

De lo dicho se desprende, pues, que la mujer extremeña es honradísima, grave y amable á un tiempo, celosa de su dignidad y tan valiente para defender lo que á su corazón interesa, que los hombres mismos pudieran tomar de ella ejemplo.

Un hecho notable servirá para demostrar claramente este aserto.

Hablando de la memorable guerra de nuestra Independencia, dice un escritor lo siguiente;

«En el día 7 del mes de Junio de 1807 hicieron los habitantes (los de la ciudad de Badajoz) la explosión del furor que les inflamaba contra los franceses: sirvió de chispa incendiaria el haber prohibido aquel día el Conde de la Torre del Fresno, con motivo de ser el mismo de San Fernando, el que se hiciesen salvas y se enarbolase la bandera; notada esta falta por el pueblo, fué agrupándose á la muralla, y *una mujer atrevida, apoderándose de una mecha, prendió fuego á un cañón*, principiando á oirse en seguida todos los demás: á su sonido se levantó en toda la ciudad el grito de ¡Viva Fernando VII y mueran los franceses!

»Toda Extremadura siguió este movimiento, y los partidos imitaron á la ciudad, concurriendo á ella con hombres y dinero.

»Este pronunciamiento importó mucho á toda España, y principalmente á Sevilla, pues se interrumpieron las comunicaciones directas del enemigo, desconcertando las operaciones, y evitando que se dieran la mano para apagar la insurrección de la principal capital de las Andalucías.»

Véase, pues, cómo influye la mujer en los actos del hombre; influjo más sensible todavía, según hemos indicado ya, si se considera ejercido paulatina é incesantemente. Véase cómo la mujer de Badajoz, dignamente representada por la heroína de la guerra de la Independencia, posee las dotes y calidades que en muchos ilustres hijos de Extremadura hemos notado.

Un escritor distinguido, hijo de la Provincia, y que ha consagrado su claro entedimiento y su incansable laboriosidad á ilustrar la historia de la tierra donde vió la luz, el señor D. Vicente Barrantes, hablando de Extremadura y de los extremeños, se expresa así:

«Vive el extremeño apegado á la tierra, madre fecunda y generosa cuyo seno mana virtudes en torrente inagotable, y por eso en todo tiempo y ocasión con su naturaleza viril y agreste le vereis identificado. Uno de sus hijos más ilustre expresó ya por gallardo estilo esta misma idea en un curioso libro de medicina, donde con Hipócrates y Galeno, estudiando el temple y condiciones de las Provincias de España, sólo en las de Extremadura encuentra el necesario para que «las letras no emboten la lanza, ni Minerva impida á Belona (1).» Partícipe del sesudo y entero carácter de sus hermanos del Norte y de la poe-

(1) Sorapan de Rieros: *Medicina española en proverbios vulgares de nuestra lengua, muy provechosa para todo género de estados... para buen regimiento de la salud y más larga vida. Parte I, proverbio XLI.*

tica imaginación de los que, arrullados por el mar, cultivan los naranjales ribereños desde las columnas de Hércules hasta el cabo de San Vicente, si la señora del mundo antiguo le esclaviza, tómale sus mejores soldados, eméritos por ventura y del grande Augusto, mézclalos con los mirmidones, tan célebres por lo prolíficos y laboriosos, en gigantesca ciudad, donde el Guadiana copia monumentos dignos del Tiber, y forma así una raza por lo demás robusta, amiga de la gloria, de vivir en los grandes espacios y los grandes tiempos, y de acometer empresas memorables (1).»

Tan conformes estamos con lo que se afirma en las anteriores líneas; tan cierto nos parece que las condiciones del suelo en que se nace influyen en el carácter poderosamente, que no hemos de tratar en hacer un bosquejo de la mujer de Badajoz, sin decir ántes algo de aquella rica tierra.

## II

El nombre de Badajoz quieren algunos suponer que se deriva de *Badia*, que dicen haber dado los romanos á su capital, calificada de *Pax Augusta* y centro de un convento jurídico. Fúndanse en que Valerio Máximo y Plutarco mencionan dicho nombre, análogo como raíz al que hoy lleva.

Lo que sí parece positivo es que los árabes, adulterándole, acomodándole á su lengua ó inventándole, la conocían con la denominación de *Beled Ayx*, que algunos interpretan por *tierra sana* ó *Baxangos*, *tierra de vid ó nogales*.

Posteriormente aparece en las Crónicas con el nombre de *Batalyos*, formando desde entonces parte de la provincia *El Mereda* (Mérida), una de las constituídas por Yusuf al hacer la división de la España sujeta á la dominación de los sarracenos.

Badajoz está situada al Oeste de la Península, y ocupa quinientas noventa y seis leguas cuadradas de superficie, confinando por el Norte con la provincia de Cáceres, por el Este con la de Ciudad-Real, por el Sudeste y Sur con las de Córdoba, Sevilla y Huelva, y por el Oeste con el reino de Portugal.

Su clima es cálido y predispone á que se padezcan fiebres intermi-

(1) Discurso del excelentísimo señor D. Vicente Barrantes en su recepción pública como individuo de la Real Academia de la Historia. Este trabajo es notable por su copia de datos, su sana crítica y su elegante estilo.

tentes, que suele exacerbar el viento llamado solano, soplando con mucha frecuencia por la parte de Oriente.

Riegan esta provincia y fertilizan su hermoso suelo varios ríos, siendo el principal de ellos el manso *Guadiana* que corre de Oriente á Poniente, con dirección á Portugal: refiriéndose á él dijo nuestro gran Cervantes: «los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso.»

Los otros dos más notables son el *Guadajira*, que nace en la misma provincia, término de Salvatierra, y después de atravesar por dicho término, el de Zafra y las villas de Haba, Azanchal, Solana y Lobón, va á morir en el Guadiana; y el *Gévora*, que saliendo á luz cerca de la Codosera, entra en Portugal y desemboca también en el Guadiana.

Las principales producciones de la provincia de Badajoz son los cereales, compitiendo en este punto las renombradas campiñas mencionadas por el autor del *Quijote* y la fertilísima tierra de Barros, con las célebres llanuras de Castilla.

El vino, el aceite, y, sobre todo, los ricos pastos de sus innúmeras dehesas, cubiertas asimismo de copudos encinares, constituyen con los cereales ya dichos la riqueza del país, donde se mantienen considerables rebaños de la mejor clase de ganados.

Industria casi no existe, á excepción de la minera, que explota los minerales argentíferos y plomíferos y la fosforita: la agricultura absorbe casi todos los brazos; y en cuanto al comercio, va desarrollándose, merced á las nuevas vías de comunicación. Hasta ahora, todo él se limitaba á las transacciones que se verificaban en las ferias, algunas de las cuales, la de Zafra, por ejemplo, de tiempos antiguos tienen justa celebridad.

La provincia de Badajoz está dividida en quince partidos judiciales, que cuentan ciento sesenta y dos Ayuntamientos en ciento setenta y dos poblaciones, y son cuatro ciudades, ciento veintitres villas y cuarenta y cinco lugares ó aldeas; calculándose próximamente su población total en trescientas cincuenta mil almas.

Pocas noticias hay de esta Provincia, como importante por sí misma, antes de la dominación romana: durante ella, hemos indicado ya que mereció consideración no escasa.

Los árabes fundaron allí un reino, que empezó en 1009, poniéndose á su frente Sapor ó Saburo, criado del califa Alhaken Almostanser, y terminó en 1094 con Abu-Mahomad, derrotado y muerto el 7 del mes de Safar (25 de Febrero) por los Almoravides.

En los campos de Badajoz perdió el rey D. Alfonso una gran batalla; siguiendo luego la Provincia muchas vicisitudes, como fronteriza, hasta que logró recobrarla el Rey de León D. Fernando.

En el siglo XIII fué teatro de las encornizadas luchas de *bejaranos* y *portugaleses*, dos bandos en que estaba dividida la Provincia, y posteriormente sufrió rudos ataques de tropas del vecino reino.

Durante la guerra de la Independencia combatió la población de Badajoz contra los invasores, demostrando en más de una ocasión el indómito carácter de sus naturales, según hemos ya indicado anteriormente.

Hecha la brevisima reseña histórico-geográfica que precede, vamos á entrar ya en la materia objeto de este artículo, presentando con toda la verdad y vigor de colorido que nos sea posible los rasgos característicos de la mujer de Badajoz.

### III

No sólo en España, pero en el extranjero tienen fama las mujeres naturales de algunas de nuestras Provincias, distinguiéndose por su belleza las valencianas, por su exuberante hermosura las vancongadas, y por su gracia las andaluzas.

Lord Byron decía:

Seville, á plasant city,  
famous for oranges and women... (1)

No sucede otro tanto con las mujeres de Badajoz, de quienes, que yo sepa, hasta ahora ningún escritor en particular se ha ocupado.

Podrá explicarse esto porque carezcan de belleza física, porque no tengan gracia, ni otros atractivos? No, en verdad.

La mujer de Badajoz participa de las cualidades que distinguen á la castellana, y posee todos los encantos de la andaluza; si estas dotes no la han conquistado la fama de sus vecinas, se debe á un rasgo característico en ella como en ninguna otra: la mujer de Badajoz es, ante todo y sobre todo, mujer de su casa.

Por eso es preciso penetrar en el hogar doméstico para apreciarla en cuanto vale.

Gran diferencia existe entre la mujer de distintas clases sociales de Badajoz; pero este rasgo que acabamos de consignar, es común á to-

(1) Sevilla, agradable ciudad, cuanto famosa por sus naranjas y sus mujeres.

das ellas. Entre las familias nobles, como entre las del pueblo, en las que por su posición gozan de cierta holgura, como en aquellas que deben el sustento al trabajo cotidiano y manual, se observa el apego á la casa, la complacencia con que saborean las íntimas delicias de la vida de familia, conllevando y soportando sus adversidades.

Fecundas, como la rica tierra donde han visto la primera luz, no es maravilla que el cuidado y educación de los numerosos hijos que suelen reunir, las haga amantes del pequeño mundo que dirigen y gobiernan, y en el cual desarrollan un tacto exquisito y una ternura que hasta peca de excesiva.

Tan cierto es esto, que transmitiendo á sus hijos, con la robustez y la salud del cuerpo, los gérmenes de un carácter varonil y fuerte, la demasiada ternura impide que éste se desenvuelva; pudiendo demostrar tal aserto precisamente el caso contrario, esto es: que los extremeños que más se han distinguido por sus empresas de valor y de energía, recibieron su primera educación lejos de sus madres.

El célebre D. Alonso de Monroy, Clavero de Alcántara, se crió al lado de su tío el Maestro de la misma Orden, y sabido es que entre los hombres de su tiempo adquirió fama por el temple de su alma, por su valor y por su indomable energía, como por sus extraordinarias fuerzas físicas.

Hernán Cortés, de quien basta citar el nombre para ver compendiadas las más varoniles condiciones, pasó la niñez en casa de un tío suyo, lejos del maternal regazo.

Sólo cuando la mujer de Badajoz tiene la desgracia de perder á su marido, cuando se cubre con las negras tocas de la viudez, el sentimiento de esta pérdida y el de las obligaciones que, como cabeza de familia, adquiere desde tal momento, hacen que en ellas se muestren dotes de carácter que ni aún se podría sospechar que tuviera.

Pocas mujeres son capaces como la de Badajoz, de reunir vigorosa iniciativa, la prudente previsión, la actividad, el celo y todas las demás condiciones necesarias para llenar en un momento dado el vacío que deja en una casa la falta del jefe y cabeza de la familia. No sólo manejará su caudal ó seguirá arbitrando recursos para que de nada carezcan sus hijos, sino que cuidará y educará á éstos como si su padre viviera, y los defenderá, y apartará de ellos toda clase de males, no consintiendo que se les infiera el menor agravio, ó si, por desgracia, fuesen víctimas de alguno, tomará de él satisfacción cumplida.

Imposible es examinar esta notabilísima fase del carácter de la mujer de Badajoz, común á todas las extremeñas, sin que venga á la

memoria el recuerdo de un hecho que la historia consigna y la tradición ha conservado por sus trágicos colores.

Cuando aún no habían alboreado en España los tiempos en que la gran figura de Doña Isabel la Católica vino á moralizar y dulcificar las costumbres, vivía en Salamanca una señora de sangre y de patria extremeñas, vástago de la ilustre familia de los Monroyes, cuyo noble apellido llevaba.

Tenía Doña María de Monroy tres hijos y una hija, á quienes educaba con el mayor cuidado y esmero, dedicándose á ellos exclusivamente, porque había perdido á su esposo, el noble sevillano Enrique Enríquez. No hubiera podido tachársela de otro defecto, que del demasiado regalo y dulzura con que trataba á sus hijos.

Los dos mayores, de diez y nueve y veintiún años de edad respectivamente, llevaban amistad con otros dos jóvenes nobles, de sus años, apellidados Manzanos.

Cierto día el más pequeño de los Enríquez fué á casa de sus amigos, y habiéndose puesto á jugar y trabándose de palabras, por causa del juego, con los Manzanos, vinieron á las manos los tres, resultando muerto el hijo de Doña María.

Comprendieron los Manzanos que el hermano mayor de éste había de tratar de vengar su muerte, y antes de que pudiera apercibirse de ella, le sacaron con engaños de su casa, lleváronle á la de ellos, y allí á traición le asesinaron también, huyendo seguidamente á Portugal los infames matadores.

Pronto corrió por la ciudad tan tremenda noticia, no tardando en llegar á oídos de la infeliz madre—¡que la desgracia camina siempre con la rapidez del rayo!—y entonces vióse á ésta con el corazón desgarrado, pero los ojos enjutos, aparentar que remitía el castigo del crimen y su propia venganza á la acción de la justicia; mas realmente meditar en los medios de llevar ella misma á cabo la satisfacción de su terrible agravio.

Mientras que los alcaldes, merinos y alguaciles comenzaban con su lentitud de siempre los procedimientos, Doña María salió con algunos deudos y criados, como para retirarse lejos de la ciudad á llorar su desgracia, pero realmente para dirigirse á Viseo á buscar á los asesinos.

Querían los que la acompañaban disuadirla de su intento; ella no los oía, antes bien, con palabras que no podían menos de llegarles al corazón, y que Gil de Ocampo en su *Información del linaje de Monroy* detalla menudamente, logró persuadirles á que la acompañaran,

pues, según ella decía, el hallarse viuda le imponía la obligación de hacer por sí, lo que viviendo su marido hubiera hecho éste.

Sin más dilaciones llegaron á Viseo, dirigiéronse á la casa donde se ocultaban los Manzanos, y á favor de la oscuridad y de gente de adentro, sobornada por la implacable viuda, entraron, sorprendieron á los asesinos, y Doña María les cortó las cabezas, que metió en un saco y colgó en el arzón de la silla de su caballo, dando inmediatamente la vuelta á Salamanca.

Ya en la ciudad, Doña María se dirigió á la Iglesia donde habían dado sepultura á sus hijos, se arrodilló ante sus tumbas, sobre las cuales puso las sangrientas cabezas de los Manzanos, y dando rienda al llanto, hasta entonces comprimido, exclamó:

—¡Estáis vengados, hijos míos! ¡Ya puede vuestra infeliz madre consagrarse á tributaros las lágrimas y las demostraciones del dolor que le rebosaba en el alma.

La noticia del hecho se divulgó por la población, que apellidó desde entonces á aquella señora *Doña María la Brava*, nombre con que en las Crónicas de aquel tiempo se la conoce.

Parecerá este caso extraño para nuestros días, y más conforme con la rudeza de costumbres de la época en que aconteció; pero la mujer de Badajoz no ha variado: sigue siendo lo que entonces.

Hoy la madre, llena de amor y de ternura para sus hijos, es, en ocasiones parecidas, á la que acabamos de relatar, igualmente enérgica, y tan brava y tan terrible como Doña María.

Pocos meses hará que en un pueblo de la provincia, no lejos de Castuera, ha ocurrido algo parecido á los sucesos relatados.

Sabido es que, por desgracia, están hoy los pueblos tan divididos, tan destrozados como nunca por las banderías políticas: que nada engendra y atiza más los odios y los rencores.

Un vecino de ese pueblo, al regresar de las faenas del campo, vió á la orilla del camino á un su enemigo, que lo era por cuestiones políticas, armado de un sable y esperándole con expresión siniestra, en que mostraba claramente su intento de matarle, como ya parece que se lo había jurado.

Prevenido, pues, se dirige para interrogarle, y el otro entonces se abalanza á él: trábase la lucha, cayendo debajo el del sable, después de haber perdido este arma en la refriega.

En tal punto las cosas, el que estaba encima sujeta con una mano al de abajo las dos, y sacando con la otra una navaja, la abre con los dientes y degüella á su enemigo.

Huye luego; pasan gentes por el sitio de la catástrofe, hablan de ella en el pueblo, y la madre del matador, creyéndole víctima, á pesar de sus setenta años, corre desatentada á convencerse del crimen por sus propios ojos.

Cuando llegó al sangriento lugar y vió que no era su hijo el muerto, sino el otro; exclamó:

—¡Ya nada me importa! ¡Aunque mi hijo estuviera lo mismo diez pasos más allá, no lo sentiría tanto, porque ha hecho justicia de este infame!

¡Horroriza pensar solamente en el tremendo temple de alma de esta mujer!

Demos tregua á tan trágicas escenas, distrayendo al lector con otras de género distinto.

#### IV

La mujer de Badajoz joven y soltera tiene particulares encantos.

Considerada físicamente, es de regular estatura, proporcionada y esbelta, de agraciado rostro, pelo negro y abundante y ojos negros también, rasgados y expresivos; es un tipo verdaderamente español, que conserva algunos de los severos rasgos de las razas del Norte, mezclados con los graciosos y ardientes caracteres que marcan el influjo árabe.

Su trato es sencillo, y en las familias nobles y acomodadas se observa esa cortés llaneza, que distingue tanto á las mujeres de Madrid, y que se creería exclusiva de éstas, á no suceder con las extremeñas lo propio.

Sea por esa condición natural al bello sexo de Badajoz, sea por el mayor contacto que las líneas de ferrocarril han establecido entre aquella provincia y la Corte, el caso es que, aun en pueblos de corto vecindario, se encuentra allí el viajero agradablemente sorprendido con una sociedad que no esperaba.

Jóvenes de un tipo y una distinción extraordinarios, le atraen con la amenidad, la franqueza y la finura de su trato, con su elegancia en el vestir, con su expresiva y afectuosa conversación, que no parece sino aprendida en los salones de la mejor sociedad en capitales importantes.

En verdad puede asegurarse que la mujer de Badajoz tiene *gancho*, como vulgar pero expresivamente se dice; así es que regimiento que

allí va destacado, sin duda sufre algunas bajas de solteros, y no son pocos los empleados que se quedan presos en las redes del amor.

No se debe esto sólo á los atractivos exteriores, sino á las cualidades verdaderas, positivas, excelentes, que adornan á las niñas casaderas de Badajoz.

Aparte de las que hemos enumerado ya al hablar de las esposas y las madres, debemos hacer constar aquí una que en ellas brilla sobremanera y que las da un extraordinario realce: nos referimos á su honradez.

Esta gran cualidad no solamente se conoce por los datos que pudieran aducirse directamente para demostrarla, sino que, aun siendo indirecto, existe uno que lo afirma sin dejar lugar á dudas.

Sabido es que Madrid, centro de la ilustración y la cultura de España, también lo es del vicio y la corrupción, y que cierta clase de mujeres abundan mucho, prestando á la Corte su contingente de inmoralidad todas las Provincias.

Pues bien; si se examinan las estadísticas de la sección de higiene del Gobierno Civil de Madrid, las extremeñas figuran en último lugar y en número escasísimo.

Puede suceder que alguna joven de Badajoz, seducida por una viva pasión amorosa, ó engañada por ardientes frases y falaces promesas, desdiga de esa honradez proverbial allí; pero aun entonces se presenta bajo una fase nueva, hija del indomable y enérgico carácter extremeño.

Ejemplo notabilísimo de ello nos ofrece la *Serrana de la Vera*, que, según refieren las tradiciones, fué una joven bellísima, enamorada de un caballero y engañada por él; con lo cual huyó al campo, y perdiéndose entre sus fragosidades y malezas, sólo aparecía cuando cruzaban los caminos próximos algunos viajeros, á quienes, después de vencer y sujetar en lucha cuerpo á cuerpo, los metía en una cueva, gozaba deleites sensuales con ellos, y en seguida los mataba y los enterraba, marcando con sendas cruces de madera las sepulturas.

Aquella terrible mujer acabó por fin en la horca, y tal fué su fama y tan dramática su vida, que el Fénix de los ingenios, el fecundísimo Lope de Vega, tomó de ella asunto para una de sus comedias, habiéndola también presentado en el teatro el autor de *El Diablo cojuelo*, Vélez de Guevara.

La poesía popular, aficionada en España como en parte alguna á cantar hazañas de bandoleros, porque siempre hay en ellas algo de ese varonil arranque, de ese indómito valor, que tantó á los españoles hos

entusiasmo, ha conservado el recuerdo de la *Serrana de la Vera*, en un romance que no carece de belleza literaria, y dice así:

«Allá en Garganta la Olla,  
En la Vera de Plasencia,  
Salteóme una serrana,  
Blanca, rubia, ojimorena.  
Trae el cabello trenzado  
Debajo de una montera,  
Y porque no la estorbara  
Muy corta la faldamenta  
Entre los montes andaba  
De una en otra ribera,  
Con una honda en sus manos,  
Y en sus hombros una flecha.  
Tomárame de la mano  
Y me llevara á su cueva:  
Por el camino que iba  
Tantas de las cruces viera.  
Atrevíme y preguntéle,  
Qué cruces eran aquellas,  
Y me respondió diciendo  
Que de hombres que muerto hubiera;  
Esto me responde, y dice  
Como entre medio risueña:  
—«Y así haré de tí, cuitado,  
»Cuando mi voluntad sea.»  
Dióme yesca y pedernal  
Para que lumbre encendiera,  
Y mientras que la encendia  
Aliña una grande cena;  
De perdices y conejos  
Su pretina saca llena,  
Y después de haber cenado,  
Me dice:—«Cierre la puerta.»  
Hago como que la cierro,  
Y la dejé entreabierta:  
desnudóse y desnudéme,  
Y me hace acostar con ella.  
Cansada de sus deleites  
Muy bien dormida se queda,

Y en sintiéndola dormida  
 Sálgome la puerta afuera;  
 Los zapatos en la mano  
 Llevo porque no me sienta,  
 Y poco á poco me salgo  
 Y camino á la ligera.  
 Más de una legua había andado  
 Sin revolver la cabeza,  
 Y cuando mal me pensé  
 Yo la cabeza volviera;  
 Y en esto la vi venir,  
 Bramando como una fiera,  
 Saltando de canto en canto,  
 Brincando de peña en peña.  
 —«Aguarda (me dice), aguarda;  
 »Espera, mancebo, espera;  
 »Me llevarás una carta  
 »Escrita para mi tierra;  
 »Toma, llévala á mi padre,  
 »Dirásle que quedo buena.»  
 —«Enviadla vos con otro,  
 »Ó sed vos la mensajera.

Si esta jóven manifestó la energía de su carácter por una causa y de una manera puramente sensual, la Historia nos presenta otro tipo en que brillan análogas condiciones de carácter arrancando de un origen espiritual y purísimo.

La iglesia venera como á una de sus Santas á Eulalia, mártir de Mérida, joven de doce años de edad, que en el 304 de nuestra era sufrió horribles padecimientos, acompañada de otra niña llamada Julia, por confesar su fe cristiana, y mostrando un valor y una resignación que en nada ceden á los de los héroes más celebrados en la Historia de la Iglesia y en la profana.

Aurelio Prudencio escribió una notabilísima oda latina en loor de la Santa, composición medianamente vertida al castellano en el pasado siglo por D. Francisco Antonio Suarez de Castro. En ella, hablando del modo con que la niña mártir se presentó á sus verdugos, dice;

«Áspera en su semblante y sus razones,  
 Espanta carniceros corazones,  
 Y, valiente doncella,  
 Cobardes enemigos atropella.»

No detuvo á los bárbaros la tierna edad de la Santa, cuyos miembros,

«Que cubren delicados  
Jazmines deshojados...»

fueron destrozados inhumanamente:

«Como cuando en el monte la proterva  
Turba de hambrientos canes á la cierva,  
Que el paso le detienen y embarazan,  
Y con rabioso diente despedazan...»

Del martirio de Santa Eulalia escribió también un poemita el Conde de Toreno, padre del insigne escritor. Publicóse en Oviedo el año de 1787, y aunque de mérito escaso, hoy es curioso por no ser fácil encontrarle en las librerías (1).

## V

Antes hemos consignado que existe gran diferencia en el trato y las costumbres de las mujeres de Badajoz pertenecientes á distintas clases de la sociedad.

Puede esto depender de que las familias de la antigua nobleza no suelen contraer alianzas matrimoniales con las de origen humilde: así se ve que donde quiera que se reúnen algunos extremeños de cierta clase, á poco que investiguen la genealogía de cada uno, resultan parientes.

La mujer noble de Badajoz no considera por lo comun su personalidad aislada, sino unida al nombre de su familia, y como representando las tradiciones y el brillo de su casa.

De aquí que sus relaciones amorosas no traspasen por lo común los límites de la esfera en que ha nacido, y que aún teniendo conversación y trato íntimo con personas de otra categoría social, conserve siempre los rasgos de la suya y los que en particular distinguen á su familia.

Sus ocupaciones se reducen al aprendizaje y ejercicio de las faenas domésticas, tocar algún valsecito en el piano, y jugar á las muñecas

(1) Á la benévola amistad de mi distinguido amigo el ya citado y elegante escritor señor D. Vicente Barrantes, debo haber visto un concienzudo extracto suyo del poemita arriba mencionado, que se halla hoy en la biblioteca del monasterio del Escorial, y que lleva el siguiente título: *Triunfo glorioso de la ínclita mártir Santa Eulalia de Mérida, patrona del Principado de Asturias, que en su debido culto y veneración escribía el Conde de Toreno, Alférez Mayor de dicho Principado.—Año de MDCCLXXVII.—En Oviedo.—Por D. Francisco Diaz Pedregal.*

primero, y á los novios después, hasta que llega el momento de casarse, que es cuando empieza á revelar y desarrollar las notabilísimas cualidades que como esposa y como madre la distinguen, y que ya hemos enumerado.

Como la Provincia de Badajoz es ante todo agrícola, cuanto se refiere al campo tiene allí especial importancia, y por eso las familias acomodadas suelen irse á pasar algunas temporadas á sus posesiones, ó bien, cuando ni el excesivo calor del sol ni la intensidad del frío lo impiden, se organizan giras campestres, que constituyen la distracción más agradable.

Nadie como las jóvenes toma con interés estas giras. Promuévenlas, cuando la gente de más peso y formalidad presta su consentimiento, lo cual es casi siempre seguro, se previene todo lo necesario y se fija el día.

A más de las personas de la familia, suelen ser de la partida algunos amigos íntimos de la casa, entre los que naturalmente han de contarse los novios de las niñas.

Cuidan éstas ante todo del traje, elegante y gracioso, aunque sencillo; que nada hay que favorezca tanto como la sencillez á un cuerpo de por sí esbelto, y á un rostro en que brillan unos ojos negros, rasgados y sombreados por largas pestañas, donde se ven unos labios de grana, y tras de ellos unos dientes nacarados, y unas mejillas de ese limpio é igual color trigueño, que parece más blanco al contraste de una lustrosa, abundantísima y negra mata de pelo.

Antes de que raye el día, porque la gente de Badajoz es madrugadora, ya todo el mundo está de pié; móntase á caballo ó en más humilde cabalgadura, y se sale á campo abierto, cuando el astro luminoso comienza á levantar su brillante disco por el Oriente, pintando de arrebol y de gualda las nubecillas que bordan la inmensa y alegre bóveda del cielo.

La ruidosa caravana se dirige al sitio previamente designado, acortando el camino los chistes, las ingeniosas frases, la argentina voz que entona alguna copla popular, y ese vivo y animado guirigay que produce siempre en el campo la reunión de muchas personas que van á pasar un día alegre y divertido.

Llegados al punto de parada, saltan los hombres de sus cabalgaduras y van galantemente á ofrecer á sus compañeras de expedición el auxilio de su íuerza y de su destreza hasta hacerlas poner los diminutos pies en el verde césped.

Las robustas encinas, cargadas de dulce y sazonado fruto, extien-

den sus fuertes y nudosas ramas, que procuran fresca sombra á los expedicionarios; y sitios hay en que los naranjos y los limoneros, cubiertos de blancos y olorosos azahares, crecen al lado de los copudos robles, los verdes alisos, los granados con sus rojas flores y sus sabrosos frutos, los olivos, los avellanos y los perales. De flores no se diga, porque las blancas azucenas y los cárdenos lirios, meciéndose airoosamente en sus largos tallos, alternan con las carmíneas rosas y las pintadas campanillas.

A poco de llegar á estos amenos lugares, ya ostentan los jóvenes coronas y ramos, que se entrelazan con las hermosas trenzas de sus cabellos, ó se mueven dulcemente sobre el pecho, donde late un corazón apasionado: á la manera que se ve alguna campesina flor cerca de los erizados cráteres de los volcanes.

Mientras las personas de respeto hablan de los quehaceres domésticos, de las ventajas ó las probabilidades de la cosecha, y tal otra, descansa bajo un árbol de las molestias del camino, la gente joven, que no se fatiga fácilmente, y á quien el calor de la sangre impulsa con viveza, corre, salta, se columpia, persigue las mariposas, sacude las ramas de los árboles para que el fruto meduro se desprenda, ó cogiendo flores, habla ese lenguaje aparentemente sencillo que sin decir nada lo expresa todo, porque en cada palabra envuelve una chispa de pasión y de sentimiento.

¡Cuántos matrimonios han salido de las giras campestres! La hermosura de una linda joven parece que se completa allí, como un lienzo bien pintado gusta más resaltando sobre el marco de talla que le encierra. Y además, que la libertad que en el campo se disfruta, roto el frío y duro freno de la etiqueta, sin que por eso tengan que sufrir nada la honestidad, el decoro, ni aun la moderación, permite mayor esparcimiento al ánimo, alienta á los tímidos y abrevia los enojosos preliminares del amor.

También suelen organizarse cacerías, y en alguna han tomado parte damas que no se asustan de las detonaciones de las armas de fuego. Una señora de Badajoz conoce el autor de estas líneas,—y muy señora por cierto, pues no desmiente en su discreción y en sus virtudes su ilustre nombre,—que ha disparado más de un tiro, y acertado más de una vez en el blanco.

## VI

La mujer del pueblo, aunque distinta por su trato de la de las cla-

ses elevadas, participa de las mismas dotes y cualidades que distinguen á esta última, pues no es menos honrada, ni menos casera, ni tiene menos energía de carácter cuando se ofrece ocasión de mostrarlo.

Físicamente la hemos descrito ya; su traje es moño de alpargata ó de picaporte; grandes rizos redondos que cubren parte de las mejillas, favoreciendo el rostro; pañuelo de yerbas de abigarrados, pero vivos colores, que recuerdan las telas morunas pintorescamente matizadas; guardapiés ó refajo amarillo ó de otro color puro y fuerte, adornado en la parte inferior con franjas negras que resaltan poderosamente; delantal morado; media azulada, que llaman de color de plata; zapato bajo y negro, sin lazos, hebillas ni tacones: he aquí el traje de la mujer del pueblo de Badajoz con todos sus adornos, á que pudiera añadirse el rojo cántaro, que airosamente sostenido en la cadera ó desembarazadamente llevado en equilibrio sobre la cabeza, contribuye á completar la esbelta figura.

De las costumbres y ocupaciones de la mujer del pueblo de Badajoz, puede decirse que el cuidado de la casa, de los padres, el marido ú los hijos, consumen la mayor parte de su tiempo, y el resto concluye el hilado con el huso y la rueca patriarcales, *máquina* doméstica que se ve en todas las casas de los pobres y aun en muchas de gente rica, donde la suelen manejar las criadas, á fin de que no estén nunca ociosas.

Será tal vez, en opinión de algunos, pueril, pero no puedo mirar sin agrado á una mujer pobre y hacendosa que dando vueltas al huso con la derecha mano, y formando y estirando con la izquierda humedecida la hebra que resulta del copo de lino, sujeto en la parte superior de la rueca, reza al mismo tiempo fervorosamente sus cristianas oraciones, pidiendo á Dios con alma sencilla y pura por la salud y la felicidad de las personas queridas, ó encomendándole las ánimas de los difuntos.

En algunos pueblos de Badajoz suelen las mujeres de la clase proletaria ayudar á los hombres en las faenas del campo, y como el cultivo más general es el de cereales, según ya hemos indicado al hablar de las producciones agrícolas de aquel rico suelo, se ven en las eras, y entre los dorados haces de la mies, mujeres que contribuyen á levantar los altos almiarés, aspirando ese olor particular y agradable que se percibe en un campo recién segado.

Pero una de las ocupaciones favoritas que en cierta época del año cuando el frío conserva mejor algunas sustancias comestibles, sirve para invertir útilmente el tiempo, es la confección de los ricos y sucu-

lentos embutidos, que tanta fama alcanzan en toda España. Dedicánse á ella las mujeres después de verificada la matanza del animal eterno compañero de San Antón, al cual no quiero citar por su nombre poco pulcro, ni aun pidiendo el perdón acostumbrado antiguamente, y que hoy todavía se pide en algunos pueblos de Badajoz y de otras de nuestras provincias, cuando se habla de esos grasientos y gruñones cuadrúpedos.

Probado está que el género de alimentación influye no sólo en el desarrollo físico, sino también en las inclinaciones de los pueblos: los pastores, que se alimentan de yerbas y de leche, suelen tener el carácter más suave que los cazadores, cuyos manjares usuales son por lo comun la carne de los animales que matan.

¿Y no influirán, por ventura, los picantes y succulentos embutidos extremeños en los caracteres distintivos de aquella raza tan fuerte y vigorosa de cuerpo y de espíritu?

Sea de ello lo que quiera, la verdad es que las mujeres del pueblo de Badajoz tienen para hacer los embutidos unas manos, que bien merecen que se los apliquen los elogios que Baltasar de Alcázar hace de las de Inés, en su fácil y bellísima composición titulada *La Cena*, al encomiar otro célebre embutido.

También para los dulces tienen especial gracia las mujeres de Badajoz y se hace allí un *tocino de cielo* que da gloria comerle: en cajas circulares, como las del mazapán de Toledo, se vende, y no creo que lo rechace, antes bien puede saborearlo con fiadamente, el paladar más descontentadizo y mejor educado en la escuela de Brillat-Savarin.

La influencia de la mujer en todas las clases sociales de Badajoz es poderosísima y lo ha sido siempre, revelando y comprobando esta verdad un hecho que no puede menos de llamar la atención del observador, y es la multitud de nombres de mujer ó nombres femeninos que designan pueblos de la provincia, como por ejemplo: Magacela, La Serena, Deleitosa, etc., etc. Muy curioso sería el detenido estudio de esta particularidad, que tanto se relaciona con las mujeres de Badajoz, porque se hallarian numerosas tradiciones ricas de poesía; pero no es tal nuestro objeto presente, ni nos lo permiten el tiempo y el espacio de que aquí disponemos.

Es digno de notarse que las mujeres del pueblo de Badajoz y en esto no se diferencian de ellas las de las clases acomodadas, poseen naturalmente un buen sentido tal y un juicio tan recto, que los hombres acostumbran aconsejarse de ellas antes de adoptar alguna resolución que pueda importarles, ó cuando menos, no desprecian sus acertadas

observaciones. Bien puede aplicarse allí como en pocas partes, aquel antiguo y verdadero refrán castellano que dice: «*El Consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco.*»

Si en una familia ocurre alguno de esos sucesos que influyen poderosamente en su presente y en su porvenir, en bueno ó en mal sentido, produzca alegría ó cueste lágrimas, siempre es la mujer quien contribuye á que la alegría sea mayor ó á que sea menor la pena; y de ella puede decirse lo que el gran Fenelón, tomándolo de la Sagrada Escritura, decía de la mujer fuerte, prudente, laboriosa, consagrada á su casa y familia:

«Vale tanto como las riquezas que vienen de los lejanos confines de la tierra.

»Ábrese á ella el corazón de su esposo, y jamás carece del botín que él trae de sus victorias; haciéndole bien todos días de su vida, y nunca mal.

»Busca la lana y el lino, y trabaja con manos llenas de sabiduría.

»Como barco mercante, de lejos trae sus provisiones.

»Levántase por la noche, y reparte el alimento á sus criados.

»Ve un campo feraz, y le compra con el trabajo, fruto de sus manos, allí planta una viña.

»No debilita sus fuerzas; ántes bien, endurece sus brazos.

»Ha visto cuán útil es su comercio, y su luz no se apaga nunca durante la oscuridad de la silenciosa noche.

»Sus manos se emplean en rudos trabajos, y sus dedos mueven sin cesar el huso.

»Abre, sin embargo, su mano al indigente, y la tiende al pobre.

»No teme la nieve ni el frío; todos sus criados tienen más de un vestido: su traje se lo ha tejido ella misma, y viste de finísimo lino y púrpura.

»Su esposo es ilustre en las puertas, es decir, en los consejos, donde está sentado en medio de los más venerables varones; y ella misma hace las vestiduras y los cinturones que vende á los cananeos.

»Sus adornos son la fuerza y la belleza, y risueño será para ella el postrer día.

»Abre su boca á la sabiduría, y en su lengua hay una ley de dulzura.

»Observa en su casa hasta las huellas de los pasos, y nunca come su pan sin ocuparse en algo.

»Sus hijos están en altura, y la colman de felicidad; su marido se ha elevado también, y la colma de alabanzas:

—«Muchas mujeres, dice, han amasado riquezas; pero á todas las sobrepujas tú.

»Las gracias son engañosas, vana es la hermosura: la mujer que vive en el temor de Dios, será alabada.

»Muestre los frutos de sus manos, y que en las puertas, en los consejos públicos, canten sus propias obras su alabanza.»

## VII

Nuestro trabajo está á punto de terminar, después de haber intentado hacer un bosquejo de la mujer de Badajoz, cuyo carácter y cuyas perfecciones necesitarían más espacio, y, sobre todo, mejor cortada pluma que la nuestra para que apareciesen con los verdaderos y brillantes matices, con la pureza de colores que tiene el modelo.

Hemos visto que, físicamente considerada, es la mujer de Badajoz bella y graciosa, pudiendo servir de ejemplo del tipo verdaderamente español, mezcla feliz de las fuertes razas del Norte con las ardientes del Mediodía.

Intelectual y moralmente, su valía es superior, si cabe, porque con una flexibilidad de entendimiento que las hace aparecer graciosas á veces como las andaluzas, y á veces graves como las castellanas, encanta y atrae; siendo esquisita su ternura y profundos sus sentimientos de amor y de honradez, así como su sentimiento religioso, que tanto se aparta de la indiferencia como del fanatismo.

Hijas y hermanas cariñosas y abedientes, son madres tan buenas como fecundas, no perjudicando la cantidad á la calidad, por lo que no podría aplicárselas aquella fábula en que Esopo dice que, insultada una leona por una zorra, á causa de que por junto paría un solo hijo, exclamó: «Sí, uno paro solamente, pero es un león.»

Madres y viudas á un tiempo, nadie las sobrepuja en el cuidado de sus hijos y de sus intereses, llegando por defender los primeros hasta dar ejemplos de valor que rayan en temerarios y feroces, como hemos dicho al mencionar á Doña María la Brava (1) (a).

El influjo que siempre ha ejercido la mujer de Badajoz en el hombre es muy notable y sería de desear que hoy se favoreciera con la

(1) Aunque no hay documento fehaciente que pruebe que Doña María de Monroy era extremeña, tampoco puede afirmarse que dejara de nacer en la tierra donde su ilustre linaje alcanzó tanto brillo. Su genio y su carácter fueron extremeños, y esto nos basta; como nos bastó para incluir al gran Quintana entre los hombres ilustres de Extremadura.

(a) Fué natural de Plasencia (N. de la R.)

educación ese rasgo natural que tantos beneficios puede producir en la sociedad, para apartarla del despeñadero por donde tratan de precipitarla ideas egoistas y perturbadoras.

Á este propósito dice el eminente publicista Tocqueville en una de sus notabilísimas cartas:

«He visto cien veces en mi vida hombres débiles que han mostrado verdaderas virtudes públicas, por la circunstancia de tener á su lado una mujer que les alentó y les impulsó por este camino; no precisamente aconsejándoles tal ó cual acto determinado, sino ejerciendo en ellos un influjo beneficioso y enérgico, relativo á la manera como debían considerar en general sus deberes y hasta sus ambiciones.»

Y no se diga que la educación es innecesaria para conseguir este resultado, que ya marca la misma naturaleza, ni que hay razón alguna para mantener á las mujeres en la ignorancia, no favoreciendo el desarrollo de cualidades que, como las que ha concedido la Providencia á las mujeres de Badajoz, pueden influir tanto en la reorganización social. El filósofo Víctor Cousin, combatiendo con elocuencia los inconvenientes que algunos oponen al perfeccionamiento de la educación de la mujer, dice:

«El hombre y la mujer tienen un alma idéntica, igual destino moral; la misma cuenta se les pedirá del empleo de sus facultades, y resulta bárbaro en el hombre y oprobioso en la mujer, rebajar ó dejar rebajados en ella los dones de que Dios la ha dotado.

¿No deben, por ventura, las mujeres conocer la religión que profesan, si quieren guardarla y ponerla en acción como seres inteligentes y libres? Pues si se las permite y aun se las exige que adquieran la instrucción religiosa, decidme, ¿qué clase de instrucción parecerá en ellas y para ellas demasiado sublime?

»No nos cansaremos de insistir en asegurar que, ó la mujer no ha sido creada para compañera del hombre, ó es una contradicción inicua y absurda prohibirla adquirir conocimientos que la consientan entrar en el comercio del espíritu con aquel con quien han de compartir la vida; comprender al menos sus trabajos, sus luchas y sus padecimientos, para poder aminorarlos.

»Dejémosla, pues, que cultive su inteligencia y su alma con toda clase de útiles conocimientos y nobles estudios, con tal que no se quebrante la ley suprema de su sexo: el pudor, que constituye la gracia (1).»

(1) Víctor Cousin, *Jacqueline Pascal*, pág. 3.

Instrucción es, pues, lo que hoy necesita la mujer de Badajoz para brillar al lado de las mujeres que más valen en el mundo.

Alguno pudiera objetar á este deseo nuestro diciéndonos que en los tiempos antiguos no necesitaban de tanto las extremeñas para tener por hijos á los conquistadores de América y á las lumbreras de Salamanca; pero les contestaríamos que el espíritu de análisis y de libre exámen, no sólo ha generalizado la instrucción, sino que ha hecho que sin tener la necesaria, y esto es lo peor, se juzgue de las cosas, y se dejen seducir los hombres por quien, sin los antiguos respetos, predica máximas tan seductoras como nocivas.

Nosotros deseamos que el buen sentido, la prudencia y las grandes cualidades de las mujeres de Badajoz se perfeccionen y se fortifiquen, para que la familia, áncora salvadora de aquella sociedad, como de todas, sea lo que fué en épocas más felices; y la cohesión moral que imprime el más sagrado de los afectos sea un muro inquebrantable donde se estrellen las fuerzas deletéreas que desgraciadamente estamos viendo desarrollarse con mayor empuje é ímpetu más violento cada día.

No constituirá la felicidad de la patria el que solamente en una de sus regiones ó Provincias se realicen estos deseos nuestros; pero mucho podrá Extremadura contribuir á ello con el desenvolvimiento de su poderosa raza; y además, nosotros lo pedimos particularmente para ella, porque de ella en especial nos ocupamos, y porque, lo repetimos, las condiciones que allí se observan no existen con igual extensión en otras partes.

La mujer de Badajoz está llamada á influir poderosamente en el porvenir de España, pues de su seno quizá salgan hombres que darán días de gloria á la patria, á semejanza de los que al comenzar el presente artículo mencionamos; porque, como dice nuestro eminente poeta dramático D. Antonio García Gutierrez en su último drama *Doña Urraca de Castilla*,

«Siempre habrá nobles varones  
Donde haya tales mujeres.»

ANGEL AVILÉS.

## ¡Silencio!... ¡Está dormida!

Muy ajena del mundo á los amaños  
y de la misma muerte  
durmiendo está mi hija... *hace once años...*  
¡No hagais ruido, por Dios, que no despierte!  
Callad, callad, eternos grita lores,  
callad por vuestra vida;  
jugando está con ángeles y flores...  
¡Silencio!... ¡Está dormida!

.....  
Calle el trajín de la feroz contienda,  
esa lucha terrible de ideales  
morbosos; ¡que su vaho no la ofenda  
y no mate los suyos virginales!  
¡Que sueñe con querubes  
que entre doradas nubes  
la llevan, la coronan de arreboles  
y suba... suba derramando soles!  
Cese ya la tremenda batahola  
que todo lo ennegrece y avasalla  
como en el mar la gigantesca ola,  
y acabe la batalla  
impura, corrompida,  
que inficiona, envenena nuestra vida.  
Cese ya el estampido  
de la bomba brutal que al mundo aterra  
y calle ya el ruido  
furioso de la guerra,  
que siembra de cadáveres la tierra.  
Porque puede asustarse la hija mía

y pronunciando, al despertar, mi nombre:  
 —Padre, padre, ¿Por qué con rabia impía  
 se empeña el hombre en renegar del hombre?  
 ¿Por qué le mata fiero?  
 ¿Por qué con furia insana  
 contra su hermano esgrime el duro acero?  
 —¡Duerme, hija, duerme; lo sabrás mañana!  
 Y tú... que escribes con destreza suma,  
 de víbora ocultando emponzoñada  
 malicia... ¡Rompe tu villana pluma  
 y rasga esa quartilla envenenada,  
 esa incendiaria tea  
 que abrasa con sus ansias infernales  
 y mata toda idea  
 de ternura y pureza virginales!...  
 ¡¡No, por Dios, que mi hija no la lea!!  
 Y tú... al honor ajena  
 que exhibes por un vil y bajo precio  
 tu impudor en la escena,  
 de Dios y la moral en menosprecio...  
 Te lo suplico por tu madre amada,  
 ya que por mí no sea,  
 tu lúbrica pelea  
 cese, por Dios, bacante inmoderada,  
 mejor dicho, mujer desventurada:  
 ¡¡que la hija de mi amor ¡ay! no te vea!!  
 Y tú... sabio profundo,  
 excelso, sin segundo,  
 que escudriñas del cielo y de la tierra  
 los misterios, que encierra  
 madre naturaleza  
 y á nuestros ojos muestras su grandeza...  
 Dudas que exista Dios,.. y allí te anegas  
 y allí muestras al cabo tus deslices...  
 Pero... si crees en Dios ¿por qué lo niegas?  
 y si no crees en él... ¿Por qué lo dices?  
 Pues bien; aunque te aflija  
 te ruego que con dudas no batalles,  
 si crees en Dios... ¡lo digas á mi hija!  
 y si no crees en él... ¡que te lo calles!

¡Pues sabe que prefiero con delicia  
 si te oye alguna vez mi hija despierta  
 y niega á Dios por tu falaz malicia,  
 antes que verla descreída... muerta!  
 ¡¡Si niega á Dios, aunque á ella no le cuadre  
 cerca está de negar ¡ay! á su padre!!

Y tú... orador de fama  
 que incitas á la plebe  
 á que deje de amar lo que más ama  
 y á que deje de odiar lo que odiar debe,  
 que siembras la discordia  
 feroz, infame, impía  
 entre hijo y padre... ¡oh, ten misericordia,  
 ten piedad, sí, por Dios, de la hija mía!  
 ¡que no te oiga decir que aquellos lazos,  
 que el Dios bueno apretara con terneza  
 al entregarla en mis amantes brazos,  
 fueron solo de la naturaleza  
 una obra casual, desatinada,  
 irreflexiva, ciega, inmoderada!  
 que no te oiga decir que no hay mas vida  
 que esta vida terrena  
 (aunque tú digas que de goces llena),  
 de letal podredumbre carcomida.

No mates su esperanza  
 de que existe futura bienandanza,  
 ni siembres una duda con que luce.  
 ¡¡Calla, por Dios, que mi hija no te escuche!!  
 Si una hija tuviérais amorosa,  
 de vuestro hogar encanto y alegría,  
 tan ingénua, tan pura, tan hermosa,  
 tan inocente, en fin; como la mía:  
 y ajena á los engaños,  
 sin que nada la aflija,  
 llegado hubiera á los once años,  
 como ha cumplido ya mi tierna hija:  
 fuera otro su sentir, otro más puro,  
 y distinta su conducta; yo os lo juro.

.....  
 .....

Bien ajena del mundo á los amaños  
y de la misma muerte  
durmiendo está mi hija... *hace once años...*  
¡No hagáis ruido, por Dios, que no despierte!  
¡Callad, callad, eternos gritadores,  
callad por vuestra vida,  
jugando está con ángeles y flores...!  
¡Silencio!... ¡¡Está dormida!!

† JENARO RAMOS  
(Hipócrates).

rrejoncillo, Abril, 1907.

# GENEALOGÍAS EXTREMEÑAS

(De un manuscrito de Pedro Maldonado Barrantes.)

(Continuación.)



Los primeros Cabrerías que vinieron á Alcántara fueron Alonso Fernández de Cabrera y Estéban Fernández de Cabrera, hermanos y sobrinos de D. Martín Yañez de Barbudo, ambos casaron en Alcántara y aunque no se dice de qué familias, se cree fueron sus mujeres de las primeras, siendo hijo del Alonso Juan de Cabrera, que casó con Isabel de Acosta, hija del Br. Dom.º Martín de Prado y tuvieron un hijo y una hija, el hijo se llamó Gaspar de Cabrera, que casó con la Villalona y fueron padres del venerable Fray Juan de Cabrera, que murió religioso lego de San Francisco y en sus crónicas se lee su vida. La hija del Juan de Cabrera, casó con Francisco de Carvajal y por otros casamientos y parar la descendencia de Alonso Fernández de Cabrera en hembra, se incorporó con la descendencia de su hermano Estéban, que tuvo un hijo que se llamó García Fernández de Cabrera, el que casó con Inés de Brazeros, hija de Alonso Brazeros y de Constanza de Acosta, los que siendo casados doce años sin tener hijos, fueron de novena á la ermita de los Santos Mártires San Fabián y San Sebastián, con quien tenía el pueblo una gran devoción á causa de la peste que había habido y de promesas y limosnas se había reedificado la ermita y puesto en culto y decencia; pues (la ermitaña que era una buena mujer) como dijese á la Inés de Brazeros que como se encomendase á los Santos, ella de su parte le ofrecía había de alcanzar sucesión; no obstante que no lo tuviese por profecía, lo que es cierto que á los nueve meses dió á luz un niño que pusieron el nombre de Sebastián, y desde entonces los de esta casa tomaron la devoción con los Santos Mártires,

que hasta mi tiempo ha habido Fabianes y Sebastianes, pues el Sebastián de la profecía, tuvo los apellidos de López de Cabrera, el que dueño de una dehesa la dejó vinculada que llamaban el Campo de Sebastián de López y fundó una capellanía que hoy se nombra la Capellanía de Sebastián López. El dicho Sebastián casó dos veces, la primera fué María Gutiérrez Flores de Paredes, hija de Rodrigo Gutiérrez Flores de las Varillas y de María de Paredes y Rivera, y tuvieron á García López de Cabrera y á Juan de Cabrera; del segundo matrimonio aunque tuvo hijos no se hace cuenta de ellos, porque á mas de no ser del intento no quedaron sucesión. Pues el García López de Cabrera casó y tuvo un hijo que llamó como su abuelo Sebastián López de Cabrera; el que tuvo por hijo y heredero del vínculo y Patronato de la Capellanía que fundó su bisabuelo á Fabián de Cabrera que tuvo por hijo á Juan de Cabrera, que heredó los bienes y rentas de su padre y primos descendientes de Alonso Fernández de Cabrera y de los descendientes de Juan de Cabrera, hijo segundo del primer Sebastián López, el que tuvo dos hijos freyles que ambos murieron Piores de Magacela que llamó el uno Frey D. Rodrigo de Cabrera y Frey D. Pedro de Cabrera.

El Juan de Cabrera que heredó á su padre y primos, incorporó con este motivo otro Patronato que fué la Capellanía que fundó Pedro González de Carvajal y el Mayorazgo ó vínculo del apellido de Robles por litigio, y tuvo tres hijos que el primero y que llevó la casa se llamó Fabián de Cabrera, el segundo se llamó Juan, que fué freyle y cura de los Mártires y fundó una capellanía que se nombra la capellanía del Cura Cabrera, y habiéndole dado el Patronato y goce de ella á su hermano, hijo tercero de Fabian de Cabrera, que se llamó Martín de Acosta, que de racionero en la Catedral de Córdoba pasó á Provisor y Canónigo de Sevilla, donde murió; éste fundó un Mayorazgo para el segundo de la casa de su sobrino Juan de Cabrera al que agregó el Patronato de la Capellanía que fundó el Cura Cabrera; el Juan de Cabrera sobrino del Cura y del Canónigo é hijo de Fabián, casó en Brozas con Teresa Gutiérrez Florez y tuvieron á D. Martín de Cabrera que casó con D.<sup>a</sup> María Bravo, descendiente y sucesora del Comendador de Piedrabuena Antonio Bravo de Jerez que antes de tomar el hábito casó en Valencia de Alcántara con D.<sup>a</sup> Isabel Cid, de la que tuvo tres hijos, y viudo le dieron la Encomienda y sirvió al rey D. Fernando en la conquista de Granada, siendo á la sazón Adelantado de Murcia, donde tenía sus tres hijos que á todos quedó Mayorazgo, para lo que obtuvo facultad Real, que el primero recayó en la casa de los Ca-

breras con este casamiento de D.<sup>a</sup> María Bravo, biznieta del Comendador y fué de esta manera el casamiento: vivía esta señora con su hermano viudo y le había quedado un hijo, y habiendo muerto su padre antes la pretendió para casar con ella D. Martín de Cabrera y por no dejar á su hermano ni sobrino se mantuvo saltera; en esto murió el hermano y á poco el sobrino, por lo que, heredada de grandes rentas tuvo muchos pretendientes, pero acordándose que D. Martín de Cabrera la pretendió pobre y fué causa por el amor del hermano y sobrino de no haberse casado, se dispuso que llegó á tener efecto; de este matrimonio de D. Martín de Cabrera y D.<sup>a</sup> María Bravo, fué hijo D. Fabián Cabrera y Bravo que casó en Trujillo con D.<sup>a</sup> María Calderón y Botello, y por este casamiento entró en la casa de los Cabrerías el Mayorazgo de los Botellos y Patronato de la Piedad en San Francisco, Ezequiel de Cabrera cuarto nieto del referido D. Fabián de Cabrera y Bravo y D.<sup>a</sup> María Calderón Botello, los que tuvieron tres hijos y una hija que casó en Villanueva de la Serena con D. Juan de Torres y Tapia, del Orden de Alcántara, y el que se llevó la casa que se llamó D. Juan de Cabrera Calderón, que también era del Orden de Alcántara y Colegial mayor del Colegio de Cuenca en Salamanca, este casó en Jerez de los Caballeros con D.<sup>a</sup> María Margarita de Vega y Cárdenas, hija de D. Hernando de Vega y Cárdenas y D.<sup>a</sup> María de Vega, y aunque era la última hija de tres que tuvo, que la primera casó con D. Juan Pacheco Portocarrero, marqués de la Silgada, y la segunda con D. Fernando de Silva, por esta razón era poseedora y dueña del Mayorazgo que fundó D.<sup>a</sup> María de Vega y Arze para la hija última de su sobrino D. Juan de Vega y Fernando de Vega, que sucediese siempre la más pequeña de las hijas que hubiese en la línea que entrase el goce de dicho Mayorazgo y en virtud de esta cláusula habiendo muerto la última poseedora hija de D.<sup>a</sup> María Margarita, salió por medio de poder pidiendo la posesión D.<sup>a</sup> Casilda de Cabrera y Vega, nieta última de referida D.<sup>a</sup> María Margarita, de cuya descendencia se hablará luego.

El segundo hijo de D. Fabián de Cabrera Bravo y D.<sup>a</sup> María Calderón casó en Alcántara con D.<sup>a</sup> Isabel Barrantes, cuya varonía era la misma que la de Pedro Barrantes Maldonado, por ser sucesor de otro hijo de Alonso Fernández Barrantes, hijo del Gran Maestre D. García Fernández Barrantes, habiendo sido de esta línea la doncella que violentó el Gran Maestre D. Hernando Rodríguez de Villalobos en la forma que queda dicho, y por este casamiento de D. García de Cabrera, poseedor del vínculo que fundó el canónigo Martín de Acosta y Pa-

tronato del cura Cabrera, agregó su hijo D. Fabián de Cabrera y Barrantes el vínculo de la casa de su madre D.<sup>a</sup> Isabel Barrantes, habiendo casado referido D. Fabián de Cabrera dos veces, de la primera que fué en Alcántara con D.<sup>a</sup> Juana de Aponte y Topete, no tuvo sucesión, y de segunda que fué en Cáceres con D.<sup>a</sup> María Rosa del Pereiro y Ulloa, hija de D. Francisco Pereiro y D.<sup>a</sup> Leonor de Ulloa, quedó dos hijas, la primera que se llama D.<sup>a</sup> Isabel de Cabrera casó con D. Gonzalo Topete y la segunda que se llama D.<sup>a</sup> Manuela de Cabrera, casó en Villafranca con D. Juan de la Barrera y Maraver, hoy marqués de la Osa. Tiene sucesión y su hermana no la tiene, vive con su madre en Cáceres sin estado. El D. Fabián de Cabrera y su padre D. García, ambos fueron del hábito de Alcántara.

El tercer hijo de D. Fabián de Cabrera y D.<sup>a</sup> María Calderón se llamó D. Fabián de Cabrera Calderón, éste se ordenó y murió de Pro. ya muy anciano, que yo le conocí y traté, por lo que no dejando sucesión vamos á la D. Juan de Cabrera y D.<sup>a</sup> María Margarita, los que aunque tuvieron dos hijos y tres hijas, solo el primogénito que se llamó D. Fabián Diego de Cabrera y Vega quedó sucesión, habiendo casado con su prima la Excmá. Sra. D.<sup>a</sup> Benita del Barco y Florez, la que viuda de dicho su primo, casó con el Excmo. Sr. D. Gregorio Gual y Pueyo, que sirviendo al Rey murió de Teniente General y Comandante y Virrey de Mallorca donde tenía su casa, y allí vive hoy dicha señora D.<sup>a</sup> Benita con su hija de su primer matrimonio D.<sup>a</sup> Casilda de Cabrera, de quien ya se ha tocado, y dos hijos que tuvo de segundo matrimonio que ambos han casado; el varón y que lleva la casa, casó en Barbastro en el reino de Aragón con D.<sup>a</sup> María de Suelves y Zamora, hija de las primeras casas de aquel reino, de quien tiene larga sucesión y se llama D. Pedro de Alcántara Gual y Barco; su hermana que se llama D.<sup>a</sup> Magdalena Gual y Barco, casó en la misma ciudad de Palma con un caballero del Orden de Alcántara y de las primeras familias que llaman D. Miguel de Reus y Valle y tiene un hijo; y vamos á los hijos del primer matrimonio que fueron: el primero y que llevó la casa se llamó D. Juan Luis de Cabrera y Barco, que por amores casó con D.<sup>a</sup> María Manuela Calderón, hija de un Capitán del Regimiento de Badajoz, de quien después de veinte años de matrimonio tuvo un hijo que es el que hoy lleva la casa y se ha dicho que se llama D. Francisco Ezequiel de Cabrera, casado con su prima por su madre D.<sup>a</sup> Paula Calderón natural de Castuera, y no tienen sucesión; habiendo como queda dicho tomado posesión y agregado á la casa de sus abuelos paternos el Mayorazgo de los Botellos y patronato de la

ermita de la Piedad en Alcántara, y él con su mujer y con su madre viven en San Vicente.

Los demás hijos de D. Fabián Diego de Cabrera y Vega, Vizconde de la Torre de Albarrajena (merced ó gracia que consiguió su padre D. Juan de Cabrera Calderón y murió desgraciadamente un cuarto de legua de Aldea del Cano, camino de Medellín, donde iba á cobrar las rentas que tenía sobre aquel Condado) y D.<sup>a</sup> Benita del Barco y Florez, hija de Antonio del Barco y Palomeque y D.<sup>a</sup> Manuela Florez fueron cuatro hijas: la primera casó con un Oficial del Regimiento de Lombardía, que llamaban D. Josef de Salinas, que murió de Gobernador de la Ciudadela de Marbella y quedó un hijo y después ha vuelto á casar con un Capitán de Quantiosos de la Costa y se llama D.<sup>a</sup> María Babiera de Cabrera y Barco; la segunda se llama D.<sup>a</sup> Manuela Antonia de Cabrera y Barco, que casó en Brozas con D. Pedro Baltasar de Ulloa, los que tienen un hijo y una hija viuda, todos en su casa, y se le murió otro hijo ya religioso freile en casa, al cuarto año de haber tomado el hábito que se llamaba Fabián, y los dos el varón se llamaba D. Pedro Joaquín y la hembra D.<sup>a</sup> Tomasa Benita. La tercera hija se llamaba D.<sup>a</sup> Juana Dorotea de Cabrera y Barco, que también casó en Brozas con un hidalgo rico que llamaban D. Juan Gabriel Bravo Florez, de quien tuvo tres hijos y una hija que hoy viven todos. El primero que llaman D. Juan Sebastián, casó con su tía D.<sup>a</sup> María Caetana de Torres y no tienen sucesion; el segundo llamado D. Fabián Bravo, ha casado con su tía y sobrina por otro lado que llaman D.<sup>a</sup> Juana Inés de Vega y Escalante. El tercero que se llama D. Felipe, es religioso freile de Alcántara, y la hija casó en Mérida con su tío D. Juan del Barco y hoy tienen ya dos hijas; de segundo matrimonio que tuvo D.<sup>a</sup> Juana Dorotea con su primo segundo D. Juan de Torres Calderón y hoy tienen ya dos hijas; de segundo matrimonio que tuvo de un parto varón y hembra y murió á las dos horas de haberlos parido, casó en Medellín y tiene sucesión. El hijo vive hoy que tiene quince años con su padre en Villanueva, donde era natural y á donde fué el año pasado, habiéndolo tenido en su casa D. Pedro de Baltasar y su tía D.<sup>a</sup> Manuela más de diez años bajo de su crianza y conducta. La niña murió á los catorce meses, se discurre que por excesos de la mujer que la criaba. La cuarta hija que como está dicho por no separarse del lado de su madre no ha tomado estado, es la referida D.<sup>a</sup> Casilda del Sacramento de Cabrera y Vega, que litiga el Mayorazgo que fundó D.<sup>a</sup> María de Vega y Arze, con la esperanza de ganar el pleito por ser de la línea que está en la posesión.

Como la familia del apellido Florez está emparentada con todas las primeras, diré su origen hasta donde he encontrado documentos, y comenzando por el más antiguo que se llamó D. Juan Pérez de Guzmán, que casó con D.<sup>a</sup> María Ramírez Florez, hija de D. Ramiro Florez, conde de Campo y Señor de Torral y de San Bierzo, en el reino de León. El D. Juan Pérez de Guzmán hermano de D. Alonso Pérez de Guzmán, que huyendo de la condición del rey el Sr. D. Sancho el Bravo, se pasó á servir al Miramamolín ó Emperador de Marruecos, en donde ganó honra y fama entre los moros y olvidado de los agravios del rey D. Sancho se volvió á España en tiempo que estaba muy falta de mantenimientos, pero con las muchas riquezas que trajo del Africa, hizo muchas limosnas, de suerte que le apellidaron el Bueno y desde entonces quedó en sus descendientes el sobreapellido de Bueno que hoy conservan los duques de Medina Sidonia y condes de Niebla sus descendientes, y también porque vuelto de Africa en la gracia del rey D. Sancho, le hizo gobernador de Tarifa, la que sitiada por los moros en una salida que hicieron de la Plaza y fueron rechazados, quedando prisionero el único hijo que tenía y habiéndole propuesto que si no entregaba la ciudad le matarían el hijo, fué su respuesta arrojarle de la muralla la espada que tenía ceñida, diciéndole se la arrojaba por si le faltaba cuchillo, y volviéndose á su casa por ser hora del medio día y puesto á comer con su mujer oyó grande gritaría y lamentos de los vecinos que estaban sobre el muro, por lo que saliendo presuroso vió á su hijo degollado, y de la lástima y dolor que causó en el pueblo, fué el sollozo que le levantó de la mesa, y certificado del origen del bullicio, volvió á su casa y se sentó á la mesa para acabar de comer con una entereza de ánimo y valor tan grande, que no manifestó el menor sentimiento. Lo que sabido por el rey D. Sancho (que estaba enfermo) le escribió una carta llena de elogios y que si no fuera por los quebrantos de su salud pasaría á verle; guardando sus descendientes dicha carta, como tesoro y corona de los más finos esmaltes. Murió este héroe á los setenta y cinco años después del sitio de Tarifa, en tiempo del rey D. Fernando el IV, pasando á sitiar á Gibraltar en los primeros ataques que le dieron los moros en el monte Garusín y no obstante los cristianos ganaron la ciudad, pocos dias después fué su muerte muy sentida de todos.

Pues el D. Juan Pérez de Guzmán y D.<sup>a</sup> María Ramirez Florez, tuvieron á D. Juan Ramiro de Guzmán y Florez, Señor de Torral, que casó con D.<sup>a</sup> María de Toledo, y tuvieron á D. Hugo Florez de Guzmán que casó con D.<sup>a</sup> Elvira Gutiérrez de Toledo, hermana del Gran

Maestre D. Gutiérrez Gomez de Toledo, que murió á los cuatro años de su Maestrazgo, y tuvieron á Gonzalo Gutiérrez Florez que casó en Salamanca con D.<sup>a</sup> Isabel Rodríguez de las Barillas y tuvieron á Rodrigo Florez de las Barillas que casó en Brozas con D.<sup>a</sup> María de Paredes y Rivera.

Regular cosa es que el Rodrigo Florez de las Barillas su padre y abuelos tuviesen otros hijos que hicieron casa en otros pueblos y éste la hizo en Brozas casándose como está dicho con D.<sup>a</sup> María de Paredes y Rivera, hija de Alonso Martín Tejado de Paredes y D.<sup>a</sup> Isabel de Rivera, de quienes se hablará adelante en la sucesión de los Ulloas y Paredes de Brozas.

Pues el Rodrigo Florez de las Barillas y D.<sup>a</sup> María de Paredes y Rivera, se le cuenta solo un hijo y cuatro hijas, que la primera que se llamó María Florez de Paredes casó en Alcántara con Sebastián Lopez de Cabrera, como se dijo en la varonía de los Cabrcras.

La segunda que se llamó Isabel Florez de Paredes, casó en Cáceres con el Capitán Diego de Cáceres y Obando, hijo de Fernando Blázquez Mogollón y de Leonor Alonso de Obando, proviniendo de referido Diego de Cáceres y D.<sup>a</sup> Isabel Florez de Paredes D. Juan de Obando y Vargas, que casó con su sobrina la condesa de Encinas, de quien le quedaron dos hijos que el día de hoy viven con su padre en Cáceres que por gracia y merced del Rey de Mápoles que hoy reina en España el Señor Don Carlos tercero. Tituló su tío D. Alonso de Obando, Capitán de guardias que murió de Brigadier en la batalla de Campo Santo, con la nominación de Marqués del Reino, título que al presente usa referido D. Juan de Obando.

A más del varón que llevó la casa referido Capitán, tuvo á Frey D. Nicolás de Obando Comendador de Larez y después Comendador mayor de su Orden de Alcántara, el que habiendo tenido varios empleos en la Orden, y gobernador de la Isla Española, fué su proceder tan ajustado á la razón, que no tuvo que ser reprendido habiendo muerto en su Encomienda mayor año de 1515.

*(Se continuará.)*

# COMISIONES DE MONUMENTOS

## DE CACERES

Acta correspondiente al día 23 de Septiembre de 1910.

*Reunidos en el despacho de la Comisión los señores Hurtado (D. P.), Berjano, Mateos, Paredes, Castillo, Sanguino, Schulten y Hurtado (D. G.), fué leída y aprobada el acta de la anterior, bajo la presidencia del primero.*

Usó de la palabra el Presidente, para dar la bienvenida al doctor Schulten, meritísimo arqueólogo y descubridor de los restos de la ciudad de Numancia y campamentos que la circueñan, el cual venía á Cáceres á estudiar los restos del campamento romano, existentes en «Cáceres el Viejo», al que invitó, para que una vez terminado el despacho ordinario, hiciese relación de los trabajos realizados en dicho punto, y nos diese su opinión respecto de los descubrimientos realizados.

A continuación se dió lectura á una comunicación del Correspondiente D. Vicente Paredes, contestando á la pregunta que se le había hecho, respecto á la venta de la silla del Penitenciario y Biblia del siglo xv, de la Catedral de Plasencia, y á continuación se leyó también la contestación que de otra comunicación igual se había dirigido al Correspondiente D. Eugenio Escobar, Deán de dicha Catedral, el cual después de responder como Correspondiente á las preguntas que se le hicieron, se quejó de que la Comisión se hubiese hecho eco de especies echadas á volar por los periódicos, que menoscaban el prestigio del Cabildo Catedral.

El Sr. Castillo, en vista de los documentos leídos é informes del Sr. Paredes, propone que conste en acta el agrado con que se han visto las gestiones llevadas á cabo por dicho señor, en representación de la Comisión de Monumentos, y que lamenta lo hecho por el Cabildo Catedral de Plasencia, al enajenar la *silla del Penitenciario*, que como objeto de arte no debió haberse vendido, con arreglo á las disposiciones vigentes, y que se ponga el hecho en conocimiento del Inspector general de Monumentos artísticos, como asimismo contestar al señor Deán de Plasencia, que la Comisión provincial de Monumentos, al

obrar como obró, investigando el paradero de los objetos de arte, cuya desaparición denunció un periódico de aquella localidad, cumplió con su deber y no atentó á la honra de nadie; no siendo pertinente la petición que sobre este particular contiene la comunicación de aquel Cabildo, mucho más cuando el mismo Cabildo confiesa haber enajenado uno de los objetos que se mencionan.

El Sr. Berjano estuvo conforme con lo dicho por el Sr. Castillo, pidiendo que la Comisión prosiguiese los trámites que la ley consiente, mostrándose conformes todos los señores asistentes, como asimismo con la proposición de que la Comisión había visto con sentimiento la conducta seguida con el Sr. Paredes por el Cabildo placentino.

Propuso el Sr. Sanguino, que se adquirieran las fotografías de detalles de la sillería del coro de la Catedral de Plasencia, hechas por los hermanos Díez, como también los planos del término de Cáceres, levantados por el cuerpo de Topógrafos, y así se acordó.

Dijo que se ofrecían en venta 21 monedas romanas, regularmente conservadas, y alguna interesante, halladas en los «Baldíos de Monroy», que podrían valer 2'50 pesetas, y se acordó ver si las cederían en este precio.

Se le habían donado para el Museo 5 monedas: Pieza de dos cuartos de Carlos III (1801), dos de Felipe III, una de fecha 1663, una de los RR. CC. y otra de las llamadas *Agnus Dei* de D. Juan I.

De D. Eusebio Guerrero había adquirido noticia de la inscripción del margen, que no parece bien copiada, existente en la cancela del cercado de Juan Pulido Pero, vecino de Montánchez, en el camino de Torremocha á Montánchez.

Con D. Vicente Paredes fué á copiar la siguiente, que tiene por dimensiones 72 X 45 X 25 centímetros y es de granito, de la que les dió

CÆCILIA  
OETVSCA  
CVMCOI  
V·GESVO  
H·S·E·S·T·T  
·L·

noticias el guarda de *Cáceres el Viejo*. Está dentro de la dehesa en el «Cerro del Consistorio» junto á la puerta de una corraliza, como á un kilómetro á la izquierda del camino que va á Talaván y junto al Guadiloba. Es dudoso si es C ó G la del tercer renglón. Si es G podría considerarse del siglo vi de Roma, por el arcaísmo de otras letras.

Para el Sr. Schulten, no tiene relación con sus descubrimientos en la dehesa.

P·C·A·I·I·C·I  
L·I·V·S·Q·I·I·  
VICER·  
·L·H

Conviene advertir, dijo Sanguino, que en aquel cerro hay otras piedras de granito, extrañas á aquel suelo, y una vió que por su talla contuvo inscripción ya completamente borrada.

De una ara, de media vara próximamente por una cuarta de ancho, que se diseña al margen, había enviado copia á D. Vicente Paredes el cura del Cerezo D. Angel Barrantes, y apareció al deshacer una pared del Cementerio.

Por último, el sabio profesor alemán Dr. Schulten, respondiendo á la invitación que se le había hecho, manifestó sumamente complacido y honrado con la acogida que se le dispensaba, é hizo presente que sus trabajos exploratorios en la dehesa de Cáceres el Viejo, próxima á esta ciudad, aunque no le habían satisfecho por completo, dado el fin que perseguía, le habían patentizado la existencia de un campamento romano de tiempos de la república, próximos á la Era cristiana (siglo anterior á ésta) y dentro de él la de una población, romana también, de tiempos posteriores. Que como la mayor parte de los vestigios hallados eran de cerámica, pensaba exhibírselos á un su amigo, persona peritísima en la materia, y una vez tratado con él el particular, nos daría razón del siglo á que tal población pertenecía.

Y no habiendo otros asuntos de que tratar, se levantó la sesión de la que se extendió la presente acta, que con el V.º B.º del Vicepresidente, firmo á contiducción.—El Secretario, Gustavo Hurtado.—Visto bueno, el Vicepresidente, Publio Hurtado.



## CRÓNICA REGIONAL

Hablemos hoy del Arte regional.

Así como así, bueno es que oxigenemos algo nuestro espíritu emponzoñado con los virus deletéreos de la prosáica lucha cotidiana por el garbanzo ó la vanidad, que ocupa casi por completo la vida regional.

Puede que alguien se sorprenda de que en esta, *serena y austera*, tierra se cultive la Belleza al lado de *las montaneras*, y otras menu-

dencias por el estilo; que se rinda culto á la estética entre el menudo batallar por la conquista de los *bastones*, que á diario se disputan los respectivos caciques, para regodeo de sus sendas mesnadas: pero los de fuera que conocen el proceso histórico de nuestra raza, saben y dicen que brilla tanto ó más por sus artistas que por sus legendarios conquistadores, y que en los tiempos actuales hay, gracias á Dios, quienes continúan la tradición gloriosa y demuestran que en Extremadura no se ha extinguido el espíritu vital de MORALES y ZURBARÁN.

Los de casa, ó lo ignoramos ó no nos preocupamos de ello.

Una excepción hay que hacer y es la del CENTRO EXTREMEÑO en Madrid, que con ocasión del agravio inferido al laureado escultor AURELIO CABRERA, sintió la solidaridad familiar y como protesta contra la decisión del Jurado de la Exposición de Bellas Artes que denegó la admisión de su *rodimesca* y veraz escultura, acordó y llevó á cabo en sus salones la exposición pública del trabajo del profesor de la Escuela de Artes toledana, una hermosa *estela* funeraria en granito, consiguiendo con ello la sanción pública en favor del artista menospreciado, que resultó por el reverso condenación del desacertado acuerdo del Jurado.

Ese mismo Jurado, negó á EUGENIO HERMOSO, una medalla, concediéndole solo una propuesta de consideración, no aceptada por el Ministro. Lo que aquí le regatearon otorgáronselo Bruselas y Buenos-Aires, donde en competencia con los artistas mundiales, acaba de conseguir sendos premios:

No conozco su última obra más que por el fotograbado, si todas las que en anteriores exposiciones exhibió, y por ellas deduzco, que en ésta como en aquéllas, se ve en él al pintor más sincero de cuantos conozco; son sus cuadros los que á diario contemplamos en la vida real, sin ardides, sin malicia, sin otra tendencia que no sea lo de reproducir cuanto el ojo ve, y como lo ve; puede decirse que sus figuras, son las que todos los días observamos en estas dos provincias hermanas. Para mí es el sucesor de ZURBARÁN, y así como aquel pintaba siempre tipos extremeños reales, vestidos de frailes ó de Santos, como pedía la época, así Hermoso pinta los extremeños del día, vestidos de labriegos, que es el ropaje que hoy visten, sin perjuicio de ser entonces como ahora la personificación del carácter nacional, que sintetiza esta gente de espíritu sutil y místico con sentidos de realidades y aptitudes de adaptación naturalista, que observamos en las insuperables cabezas de los modelos de HERMOSO.

Sant'Aubin, Delegado regio de la Exposición, sincerándose de los errores de sus compañeros del Jurado, en su artículo titulado *Mi propuesta de recompensas*, que publicó el HERALDO DE MADRID hablando de nuestro pintor dice así:

### Hermoso

*Jugando á la soga* es el título del cuadro mayor que ha presentado como obra de lucha y de aspiraciones á la primera medalla.

En términos técnicos de taller; diremos que está un poco *sordo* de entonación y desequilibrado de luz.

Descubre para el menos competente la equivocación de pintar en local cerrado un asunto de luz abierta.

Con estos defectos en mi calificación, otorgo primera medalla á Hermoso. La creo legítimamente ganada y la doy con absoluto convencimiento.

En su obra admirable de dibujo, encantadora de expresión, portentosa de carácter.

Revela un espíritu sano, contento de vivir y enamorado del trabajo, que se muestra en el acabado de las cabezas, en partidos de paños y en la bien estudiada composición.

El lienzo de Hermoso tiene poesía, campestre, recia; pero poesía.

Bastará emplear en *Fugando á la sogá* unas horas de trabajo al aire libre para aligerar con transparencias los oscuros en las cabezas de las muchachas del primer término, entonando la totalidad debidamente para que este trabajo de Hermoso triunfe en Exposiciones del Extranjero, en la de Roma, por ejemplo, diremos para no referirnos á otras más lejanas.

Si alguno opina que premio con largueza el referido lienzo, no tengo inconveniente en trasladar la recompensa á la preciosísima niñita del Gallo, que también ha presentado el mismo autor.»

Ante estos verdaderos ataques á la solidaridad extremeña ¿qué ha hecho Extremadura? Nada, ni se ha enterado siquiera; tenemos la epidermis dura, de verdaderos paquidermos, quizá fruto de la alimentación cerduna, y no ya para defender nuestro patrimonio artístico que casi desconocemos; ni aun para evitar la ruina de nuestras tierras y alcornoques, que es lo que más amamos, nos movemos.

Es triste el decirlo, pero es verdad; todo lo que nos sucede lo merecemos; ningún pueblo tiene más que lo que soporta: sin unión, no hay redención y aquí no sabemos más que murmurar como viejas comadres de solejera: los actos... se llevaron el secreto de ellos los *maesiros de energía* que conquistaron y civilizaron el Nuevo Mundo; aquí quedaron los abúlicos... los eunucos de la voluntad.

¡Qué le vamos á hacer!

**Cálamo Corrente.**

Caceres Octubre 30 1910.



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

**Los Fundamentos de la Fe**, por el P. MARIO LAPLANA de la Compañía de Jesús. Un elegante tomo en 8.º de 160 páginas, esmeradamente impreso en papel virgè, 1,25 ptas. en rústica y 2 en tela inglesa.—Pídase al Sr. Administrador de «Razón y Fe», Plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.

Hoy, que tan poco preocupa á los más el buscar una base cierta dentro de la conciencia á las creencias profesadas por tradición, la publicación de este libro no puede ser más oportuna.

Difícilmente se encontrará otro más á propósito que *Los Fundamentos de la Fe* para inculcar en los jovencitos de alguna cultura los fundamentos de la religión, ó sea las pruebas racionales é históricas que demuestran la existencia de una religión revelada por Dios, y que esta religión es la cristiana católico-romana.

Es todo jugo, con suma claridad y precisión, y, en medio de su concisión extraordinaria, expone ordenadamente los principales argumentos en la materia y resuelve las objeciones más notables que oponen los racionalistas, y las respuestas que dan los teólogos.

Este libro sirve perfectamente para excitar ó mantener la fe en los jóvenes, ó personas mayores, de estudios profanos, que saben discurrir, pero que en religión han adelantado poco.

**El Patriotismo**, por el P. RAMÓN RUIZ AMADO, de la Compañía de Jesús. Un folleto en 4.º de 129 páginas, una peseta.—Hállase de venta en la Administración de «Razón y Fe», Plaza de Santo Domingo. 14, bajo, Madrid.

Cuando tanto y no siempre con acierto se viene jugando con la palabra y el concepto del patriotismo, las más de las veces para fines bastardos, es meritoria labor la de este libro que, fijando el profundo sentido de esta palabra, explica además cuál sea el genuino patriotismo español, vindica á nuestra nación contra las calumnias de los extranjeros, ó de los que siendo españoles de nombre son extranjeros de corazón; enseña la educación del patriotismo y desentraña y especifica la verdadera solidaridad de la raza latina. «La patria y el patriotismo», «Patria chica y patria grande», «Psicología del patriotismo», «Españolismo y catolicismo», «Chauvinismo y patrioterismo», «Progresos hacia adelante y hacia atrás», «Una excursión cronodrómica», «La educación del patriotismo» y «La solidaridad de la raza latina», son otros tantos artículos que, esparcidos en los tomos de *Razón y Fe*, salen ahora juntos en elegante volumen.

\*\*

Hemos recibido un mapa de esta provincia, montado en tela, que puede plegarse y llevarse en el bolsillo, editado por la casa Alberto Martín, de Barcelona. Dicho mapa forma parte de la colección publicada por la misma casa de las provincias españolas con el título «Atlas Geográfico de España», hechos por el capitán de ingenieros D. Benito Chías: es una obra acabadísima y de suma utilidad para cuantos quieran conocer la provincia, vías de comunicación, ríos, montañas, poblaciones, etc.; está todo perfectamente situado; tirado á nueve colores; permite con facilidad hallar lo que se busca.

La baratura de su precio, dos pesetas ejemplar, lo pone al alcance de todo el mundo.—De venta en las Librerías.